

La Ilustración Artística

Año XXXV

← BARCELONA 24 DE JULIO DE 1916 →

Núm. 1.804

PARÍS.-FIESTA NACIONAL DEL 14 DE JULIO



El Sr. Poincaré entrega los diplomas conmemorativos a las familias de los héroes muertos en el Campo del Honor



Grupo de soldados aliados de todas las armas que tomaron parte en la revista para solemnizar la Fiesta Nacional
(Fotografías de Rol)

Marcas las más acreditadas en la Península, Extranjero y Ultramar

EL CIERVO y MANOC
EL LEÓN de J. Samsó
EL PERIQUITO
de C. Massó
Clases superiores y especiales para el Panguingue (Filipinas)

NAIPES COMAS

ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS

Teléfono 1708
Dirección telegráfica: SAMOCA

FINOS
DE HILO Y UNA HOJA
— DE LA —
Fábrica movida por electromotores

ANTIGUA CASA Vda. de A. Comas Casa fundada en 1797
SEBASTIÁN COMAS Y RICART

BARCELONA.-Galle de Lauria, núm. 4


MUEBLES de junco y médula fina

MARCA
ME PNE
REGISTRADA

Fábrica sin sucursal



Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»



Del jardín de las Hespérides
quise saber la ventura.
No hallé manzanas de oro,
hallé sólo... **PECA-CURA.**

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa **CORTÉS HERMANOS**

BARCELONA

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á **D. Teodoro Llorente**, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de **Gustavo Doré**. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de **120 pesetas**, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los suscriptores á esta ILUSTRACIÓN



Renaud Germain
PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo
MÁGICO-LABERINTO

Perfumes suaves é intensos.

Barcelona.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 688, POR A. ELLERMAN

NEGRAS (15 PIEZAS)

	a	b	c	d	e	f	g	h	
8	♞	♜	♖	♗	♘	♙	♚	♛	8
7	♜	♞	♙	♚	♛	♞	♜	♙	7
6									6
5		♙	♚	♛	♞	♜	♙	♚	5
4	♙	♜	♖	♗	♘	♙	♚	♛	4
3								♜	3
2	♙		♞	♗	♘	♙	♚	♛	2
1		♞							1
	a	b	c	d	e	f	g	h	

BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 627, POR A. ELLERMAN

1. Ce3-f5.

La Ilustración Artística

Año XXXV

BARCELONA 24 DE JULIO DE 1916

Núm. 1.804

OBAS NOTABLES DEL ARTE ANTIGUO



Cuadro atribuido al Greco que figuró en la Exposición organizada por D. Cristóbal Bou en las Galerías Layetanas. (De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El momento poeta*, por José de Lucas Acevedo. — *La guerra europea*. — *La Granja*. Campeonato de motocicletas con «side cars». — *El Dr. Metchnikoff*. — *París*. La fiesta nacional del 14 de julio. — *Amores y bienes*, novela madrileña original de Federico Trujillo, ilustraciones de Vicente Cutanda. — *Crónicas madrileñas*. *El café de San Isidro*, por Luis Huidobro. — *Libros*.

Grabados. — *Cuatro atributos al Greco*. — Dibujo de Tamburini, que ilustra el cuento *El momento poeta*. — *Estatueta de loza vidriada*, obra de José Bennison. — *Estudios*, cuadros de Ramón Casas. — *La vija pescadora de Marsella*, cuadro de H. Pinta. — *La guerra europea*. — *El juicio final*, fresco pintado por Miguel Ángel. — *Retrato de S. S. el Papa Benedicto XV*, pintado por Antonio Fabrés. — *La Granja*. Campeonato de motocicletas con «side cars». — *El notable poeta D. Atofo Aponte*. — *El Dr. Metchnikoff*. — *El café de San Isidro*, dibujo de Luis Huidobro. — *París*. La fiesta nacional del 14 de julio.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La huelga de los ferroviarios ha venido a marchitar las esperanzas del turismo, que asoma en estas regiones del Noroeste. Justo es añadir que mayores golpes le asestan diariamente las Compañías de ferrocarriles, con el pésimo servicio y el detestable material y la oposición sistemática a que se creen nuevas vías de comunicación. Lo de los huelguistas, por un orden natural, ha de durar poco; pero el abuso diario, las incorregibles deficiencias, poco a poco, mantienen lo que llamé hace años el concepto penal del viaje, la idea de que viajar, en vez de recreo y deporte, es un castigo del cielo.

En el viaje a Galicia, por ejemplo, no hay molestia que no se sufra. Los trenes no llevan restaurante, y hay que cargar con la clásica cestita de la merienda, con sus papelitos engrasados, sus servilletas ajadas al primer uso que se hace de ellas, a menos que sean de papel y vayamos arrojándolas por la ventanilla, sus botellas penosas de descorchar y que vierten o rezuman, y el olorcillo a frío y a encerrado que exhalan los trufados y las patas de pollo, y que os encalabrina el sentido. Os dirán que podéis comer en las estaciones: pero consultad los itinerarios, y veréis que tal probabilidad no existe, y que durante largos trayectos sufriréis hambre, si prescindís de la cestita odiosa.

Y después, los retrasos, los ya consuetudinarios retrasos. No hará tres días, unos viajeros vinieron de Madrid en el rápido (¡oh ironía de los nombres!) creyendo que ganaban tiempo sobre el correo, que oficialmente tarda dos horas más. Debían llegar a las once. Llegaron a las cinco de la tarde. No habían tomado sino un bocado en Monforte, y el tren no paró en parte alguna donde pudiesen comer.

Considerad el incidente. ¡Seis horas de retraso! Pase si se trata de una casualidad; pero la Compañía del Norte, en materia de retrasos, es como el célebre estudiante: tiene llena de casualidades la capa. Los jefes de estación sonríen cuando alguien, que espera, desespera. «Todos los días hay retraso, sí, señor... Con eso se cuenta ya...» ¿Para cuándo son las multas? ¡Bah! ¡Multas! ¡Leoncitos a mí!

No hace muchos días, ocurrió un triste suceso. Una muchacha de quince años se cayó a la vía estando el tren en marcha, y quedó muerta en el acto. Una portezuela estaba mal cerrada; el cuerpo salió despedido y chocó la cabeza con un talud. De esto no se le sigue responsabilidad a la Compañía, aunque, apurando la materia, cabría exigirla por el descuido en cerrar la portezuela. Pero los que acompañaban a la muchacha, miembros de su familia, al verla caer, en el natural deseo de socorrerla, quisieron tocar el timbre de alarma, para que detuviese su marcha el tren. ¡Busca timbre de alarma! En este caso, no existía timbre de alarma sino en el reglamento...

Y con la angustia más horrible, en el corazón, los que habían visto el suceso, tuvieron que esperar a que parase el tren de suyo, o por llegar a una estación en que no tenía más remedio, o por que los desesperados gritos llegaron a oídos del maquinista. Siempre se había perdido mucho tiempo, y los socorros se retrasaron otro tanto, aumentando este retraso la ya trágica impresión.

Es cosa averiguada que en los trenes de esta línea — y puede que nuestro único consuelo, de tonos, sea que lo mismo pase en todas — no hay jamás agua caliente en los lavabos, y muchas veces ni fría, hallándose tales dependencias en un estado de desaseo y sordidez, que causa repugnancia. En la mayor parte de los túneles que se pasan de día, no se enciende la luz. Y los vidrios, ignoro si se lavan: sé que los vemos embazados, rafagueados por la lluvia.

Yo voy desconfiando del porvenir del turismo. Y voy haciendo más las palabras tristes que una espetable persona dijo a Balsa de la Vega *in illo*

témpore, y que no han perdido actualidad: voy creyendo, en efecto, «que el turismo jamás nos daría un céntimo porque nos faltaba todo; vías y medios de comunicación fáciles y rápidos; hoteles, pues no existen ni buenos ni malos; «Guías» bien hechas; urbanidad en los hosteleros y demás gente menuda; en fin, cuanto significa adelanto y conocimiento de las necesidades modernas. Y al hablar así me recordaba los famosos hoteles suizos, aquellos de Ginebra, que, extendidos a lo largo de los jardines que circundan una parte del lago, ofrecen toda clase de comodidades; los de la Engadine, los de Saint Moritz, los de la Riviera, en Niza, Mentón, Montecarlo; los italianos de Turín, Milán, Florencia, Venecia, etc., y no quería mentar los de balnearios y playas como Trouville, Ostende, Carlsbad, etc., donde toda indicación del viajero se ve atendida en el acto y donde toda comodidad tiene asiento.»

Y añadía el buen Balsa, de quien nos acordamos todavía algunos paisanos suyos:

«Mi respetable amigo tiene razón, pero a medias. Cierto que carecemos de vías secundarias de comunicación; cierto que no llegan a tres docenas los «hoteles» que en España pueden ofrecerse como buenos entre los buenos, no entre los mejores; cierto que el viajero se encuentra huérfano de toda protección por parte de las autoridades frente al abuso, al saqueo escandaloso de que le hacen víctima hosteleros, alquiladores de carruajes, empresas de vehículos de línea... Cierto que no existe una «Guía» bien hecha; cierto que se desconocen incluso los lugares dignos de ser visitados; todo esto es cierto; pero no lo es menos que hace veinticinco años en poblaciones de importancia de Italia no había hoteles ni buenos ni medianos, sino muy malos, sucios, con ciertos lugares muy necesarios en galerías abiertas, malolientes; Nápoles no me dejará mentir; Venecia, tampoco; Siena y la misma Florencia, tampoco; y no hablemos de Roma. Todavía queda memoria de entonces.

»En la famosísima «Riviera», no hace cuatro lustros, los hoteles que ofrecían algún «confort» eran escasísimos. No cuentan ocho o diez años y algunos menos los magníficos palacios que ahora se verguen en Cimiez (Niza), en Montecarlo, en Mentón..., en Saint Moritz (Suiza), en Berna, en Ostende. La Compañía internacional de «grandes hoteles» hoy dueña de los más importantes de Constantinopla, del Cairo, de Ismailia, de Niza, Montecarlo, Brindis, Ostende y otras varias capitales que ahora no recuerdo, apenas alcanza al cuarto de siglo de existencia.

»No es menos exacto que los medios de locomoción rápidos no abundan en España; pero ya no es tanto el que carezcamos de buenas carreteras, especialmente en Galicia, Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, Navarra y parte del centro de la Península; y si tenemos que deplorar el que una porción del territorio español carezca de vías fáciles de tránsito, y si el mal de otros es consuelo a las veces, yo invito a más de un automovilista a que haga ciertos recorridos por el Piamonte, por Sicilia, por la Calabria; por Hannover, Dresde y parte de Baviera; por algunos condados, no de Escocia, sino de la misma Gran Bretaña; y, para que el diablo no se ría de la mentira, véanse los caminos que de la costa llevan a Cántorbery, por no citar más. ¡Una delicia en cuanto llueve!.. Y allí llueve continuamente.

»Claro está que desconocemos nuestros paisajes, nuestros monumentos, incluso nuestros establecimientos termales, alguno sin segundo en Europa; indudable, asimismo, que en nuestras playas, en nuestras ciudades de cualquier orden que sean, no hallaremos grandes Casinos, ni siquiera hoteles con «ball» a la inglesa y sala de fiestas con «tziganes»; pero, además de que tal acontece en la inmensa mayoría de las capitales de provincia de Europa, debemos tener en cuenta que ir a dar una vueltecita por Saint Moritz, la Selva Negra, Niza, el Cairo o Nápoles, o a pasar una temporada en París o en Viena, no es «turismo», tal y como debe entenderse palabra bárbaramente introducida en nuestro idioma.»

Larga es la cita, y no acostumbro hacer gran consumo de prosa ajena en mis crónicas; lo que me ha movido a extenderme algo, ha sido, por una parte, recordar a un escritor que, según suele suceder a los periodistas, ha sido olvidado al otro día de su muerte; y por otra, que cuanto dice es exactísimo, y yo no podría decirlo mejor, y que, en sus palabras hay una luz de esperanza.

Balsa sostiene, en el mismo artículo, la tesis de que el verdadero turista es el que desdeña el regalo y prescinde de filíes, y que el turismo no es andar en ferrocarril o en automóvil solamente, ni parar en hoteles comodísimos, donde nos ofrecen todos los goces y delicias del hogar más bien montado. Y en esto estoy igualmente conforme con el malogrado

redactor de *El Liberal*. Es más: he practicado su doctrina. Aficionadísimo a ver rincones y poblachos en que existen recuerdos y se pueden recoger impresiones de arte, muchas veces he arrostrado todos los inconvenientes de la falta de un hospedaje siquiera mediano, y sufrido no pocas molestias, a trueque de enriquecer mi memoria con la fisonomía de los sitios y monumentos que tienen más atractivo, por lo mismo que están, digámoslo así, inéditos y olvidados. Muchas necesidades que ha creado la civilización, son en verdad artificiales, y esto lo percibimos cuando nos consagramos al turismo artístico, en países donde la vida es, más que sencilla y frugal, tosca y misérrima. Sólo hay un requisito del cual cuesta trabajo prescindir: cierto aseo personal. No cabe en esto prescindir tanto, y muchos que se sienten espartanos en lo restante, en tal cuestión serán atenienses, y no podrán habituarse a la porquería.

La limpieza es resultado de muchos elementos, que concurren a un fin esencialísimo; y por más sangre turista que tenga la gente, siempre preguntará, antes de emprender una excursión, si va a encontrar cama limpia, en que extenderse sin escrúpulo, y comida que no levante el estómago. España es más hermosa, quién lo duda, que otras muchas comarcas visitadas incesantemente por viajeros ricos, donde pasan temporadas largas y dejan raudales de oro. Estas provincias del Noroeste encierran bellezas de paisaje, monumentos y costumbres, incomparables, y desconocidos aún. ¿Qué les falta para atraer a los turistas? El problema es de comunicaciones y hospedajes.

No por esto se entienda que no hay algún adelanto ni que faltan del todo buenos hoteles. Quien haya leído mis artículos con constancia, tal vez recuerde que me apresuro siempre a registrar y tomar nota de estas mejoras. Lo que pasa es que los buenos hoteles, en los países generalmente atrasados, son como islotes en un archipiélago. Es necesaria la unificación de cultura, que no consiste solamente en que, por todas partes, hasta en las pequeñas localidades, existan hospedajes buenos, sino en que por doquiera se viva bien, higiénicamente, sin lujo, y que no sólo en las fondas, sino en los hogares, existan limpieza y comodidad. Y esto es, lo comprendo, un ideal; pero si algunas naciones lo han realizado, ¿por qué no lo realizaríamos nosotros?

Tenemos poco de industriales. Menos aun de hosteleros. Va unida a nuestra indiferencia a la ganancia, una avidez desconsiderada cuando empezamos a ver el color del dinero, a tomar gusto a la ganancia. No obstante, hay todavía en España hospedajes baratos, y no malos, que merecen elogios, y desmienten la anterior afirmación. Siempre que se afirma algo pudiéramos citar casos en contra.

¿Y cómo quisiéramos, por otra parte, hallar hospedajes que respiren confort en un país que es al confort casi indiferente por cuenta propia? Hablo, claro es, en general; hay las excepciones de rigor. No se conocen grandes refinamientos en España, que se precia de sobria. No es el detalle lo que al español le interesa. Es asombroso lo poco que se le da al español de la comodidad y la elegancia.

De la indiferencia en cuestiones de bienestar he visto un caso simpático. Sucedió en un coche de línea, de los que antaño hacían el trayecto entre Pontevedra y la Toja; ahora hay otros medios de transporte más modernos. Era el cochángano angosto, desvencijado y fementido, con duros y apretados almohadones y vidrios retemblantes. Al momento de subir los viajeros se vió que no sólo estaban ocupados los asientos todos, sino vendido uno más. Siendo imposible averiguar quién sobraba y más imposible acomodarse en los asientos con el excedente, una señora quiso quedarse en tierra. Y un hombre de pobres trazas, algún obrero, labriego o trabajador manual, pero dueño de su plaza como el más pintado, no lo consintió. «Yo iré como pueda... Entren todos y luego me acomodaré, que no les he de estorbar...» Lleno ya el vehículo, el hombre se agazapó en el suelo, en la más violenta postura, y así aguantó las leguas del camino, cuyo número no recuerdo. Y cuando salimos de la prisión exclamó humildemente: «Perdonen la molestia que les he dado.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de



Observó en Carmina algo extraño, como una transfiguración...

Aquella noche memorable se dieron cita en los regios salones de los condes de Villaclara todas las gentes más distinguidas y nobles de la alta sociedad.

Había hecho poco antes su presentación al gran mundo la tercera de las hijas de los agasajantes, recientemente rescatada a la tutela opresora y disciplinaria reglamentación de uno de los más famosos y encopetados colegios extranjeros, donde se forman, entre extrañas y comprimidas emociones, las almas sencillas y candorosas de las niñas nacidas en cunas elevadas.

Y toda la grandeza juvenil estaba cautiva en curiosidad y expectación por conocer a la beldad ex-

hibida, alrededor de la cual flotaba un informe halagüeño y pintoresco, tan seductor y grato como el misterio en que se envuelve todo lo nuevo y desconocido.

Pero después... Aquella criatura idealmente quimérica, modelo de todas las gracias y todas las virtudes, cayó de bruces en el desdén - en ese lenitivo del amor propio contrariado - de los más, y en la compasión, tan llena de pedantería y suficiencia, de los menos. Y unos y otros parecían dispensarle una caridad espiritual exclamando: «¡Bah, pobrecilla!.. ¡Se ha dejado el corazón en esos mundos!..»

Y Carmina, la pobre Carmina, de la que nadie co-

nocía nada creyendo haberla conocido todos, fué calificada de mujer «que no tenía corazón».

No opinaban, sin duda, de igual manera todos los hombres que aun estaban en ese lisonjero y buen «estado de merecer», porque nada tenía, bien meditado, de particular que aquella doncella, por el exotismo del ambiente en que se desarrolló su educación, no se asemejara a las otras más pizpiretas y desenvueltas. Pero quién más, quién menos se reservaba sus opiniones.

Entre los satélites que sin darse cuenta, o no queriendo dársela, espiritualmente rodaban en torno al alma esquiva de la muchacha, se contaba como de

primera magnitud Juan Angel. Y él, que en apariencia huía de esta mujer, aquella noche, como predestinado por un inflexible destino, por una gran fuerza superior, se encontró impensadamente frente a frente y a solas con Carmina en aquel ángulo del salón.

Habían sonado los primeros acordes de la orquesta, y todos los del corro, en desbandada unánime, abandonaron sus asientos lanzándose a esas «vueltas de vals» que los diplomáticos definen maliciosamente. Únicamente ellos, Juan Angel y Carmina, continuaron indiferentes a la música, al *flirt* y a los galanteos, menos deseosos de confundirse en la algarabía terpsicoriana que de aprovechar unos momentos de reposo.

Por galantería elementalísima siquiera, Juan Angel se vio obligado a arrastrar su asiento más cerca al de Carmina, emparejando con ella caballerosamente. Sería descortesía alejarse y dejarla sola. No le agradaba la situación tanto como Carmina, pero por fría que fuese la charla, siempre sería compensado arrobadamente su espíritu ante la sencilla contemplación de aquella exuberante, plena y gentil belleza moza.

Tenía Juan Angel sus razones para deplorar la situación, el momento en que las circunstancias acababan de colocarle: la fama en Carmina de ser desdenosa con los hombres, desagradecida a los halagos tiernos, sorda a los requerimientos amorosos, ciega a las miradas pasionales, descreída a las promesas galantes.

Había sido muy superficial el trato entre Juan Angel y Carmina; tanto que, fuera del urbano, vulgar e inevitable saludo, no habían cruzado otras palabras.

Juan Angel tenía fama de calavera, de conquistador, de mundano de todas esas cosas irresistibles que halagan a las mujeres por un inexplicable *no sé qué*; y tal vez por no ver derrotada su historia — que tenía algo de ésta y mucho de novela —, en pugna con la leyenda que flotaba alrededor de Carmina, no se atrevía a mirarla con esos buenos ojos del amor o del deseo tan llenos de intención.

Por lo demás... Ahora se fijaba; bien que le gustaba la dama. La miró largamente. Su actitud de abandono, al desgair en el muelle sillón, con la pierna derecha cruzada gentilmente sobre la otra; puesta al descubierto la curva de su lindo pie, chiquito y leve como la mentira de un niño; apoyada la cabeza en la mano derecha, cuyos dedos se ocultaban en la orfebrería áurea de sus cabellos; tendida la celeste mirada de sus pupilas por el salón, como un jirón de azul infinito sobre un trecho de mar; bella, principesca, sugestiva..., produjo un latigazo sordo en la ecuanimidad del mancebo.

La mundana desenvoltura de Juan Angel, su desdenoso ademán, su ágil y frívola palabrería, ingeniosa y funambulesca, estuvo a punto de caer por tierra en un azoramiento y conturbación de colegial. Aquella mujer, aquella que, finalmente, sería como las otras para él, llegó a intrigarle como una predestinación. Por un momento nada más hubiera retrocedido el impulso inicial de su espíritu, como cuando se nos olvida deliberadamente algo, o queremos rechazar un adverso pensamiento, o evitar un saludo, o reservar una actitud. Pero ya estaba demasiado cerca de Carmina y tuvo que hablar:

— ¿No baila usted, Carmina?..

— ¡Por Dios, amigo mío! ¿Hay algo más aburrido que bailar?

— Indudablemente ver como bailan.

— Eso quiere decir que se aburre usted ahora.

— ¡Oh no, Carmina! No se falte tan inadvertidamente a sí misma.

Si ha de empezar usted a galantearme, preferiré bailar. ¡Aburrimiento por aburrimiento no sé cuál elegir!

— Entre una mujer guapa y un hombre joven, no creo que deba hablarse de política, de banca, de moda...

— ¡Hay tanto de que hablar sin ser precisamente de nada de eso! De arte, por ejemplo... ¡Es que ustedes mezclan en seguida los amores!

— ¡Cuando se está delante de una hermosa, el amor es lo primero!

— Pues yo, Juan Angel, lo creía a usted menos amoroso y más sociable, en el mejor sentido de la palabra: entendedor de modas, de *sports*...

— Entonces, si usted así lo desea, hablaremos de arte, de belleza, hablando de usted que no es otra cosa sino el jamás igualado arte de la Naturaleza. Y si convenimos en que este arte inspira el amor, hemos de caer en él, que, en fin de cuentas, puede ser una consecuencia de aquél.

— No está mal del todo ese juego de palabras; pero no pasa de ser un juego nada más...

— Si usted me lo permite, podemos seguir jugando.

— No, amigo mío. Ya sabe usted: ¡jugar con fuego!..

— Con todo, me empieza usted a parecer menos desdeñosa de lo que me habían contado...

Carmina enrojeció. Juan Angel dióse cuenta de que se había precipitado, y quiso enmendarlo:

— ... Es decir de lo que yo presumía.

— ¡Válgame Dios, Juan Angel!.. ¡No trate usted



Estatua de loza vidriada, obra de José Bennison

de arreglarlo! ¿Conque de mí dicen?.. ¿Qué tendrá que hacer, o, mejor dicho, que no hacer, una mujer para que no la murmuren?.. Si es un poco afectiva, la tildan de coqueta; si digna y seria, de altiva; si no corresponde a uno, se enfadan los demás; si corresponde a los demás, se enfada uno... ¡Por todo, en fin, la señalan, la tachan, la censuran! ¿Qué ha de hacer una para evitarlo?..

— ¡Enamorarse!.. Desde ese momento, como cuadro que se vende o joya que se retira del escaparate porque obtuvo dueño, dejan de ocuparse de ella.

— ¡Eso mismo! ¡Qué bonito!.. Ya salió el gran galanteo... ¡Entonces se empiezan a ocupar de los dos, de ellos!..

Callaron. Los ojos de Carmina tenían una melancólica dulzura, fijos en el galán. Las melodías del vals les aleteaban en los oídos, rozándolos mimosamente, como una caricia placentera. Juan Angel habló de nuevo, rivalizando con la música, celoso, tal vez, de su «crescendo» de simpatías, no dejando llegar hasta las orejitas de Carmina sino la armonía de sus palabras. ¿De qué han de ser éstas para competir con el divino arte?

Ella, sin protesta, le escuchaba ahora inefablemente, en una incierta languidez pensativa, indecisa a la música y a la pasión.

— ¡Estamos hablando de lo que no entendemos! ¡Bien me temía resbalar por estas escabrosidades!

— ¿De lo que no entendemos, Carmina?.. Por mi parte bien puedo asegurarle...

— Hemos llegado al hermoso capítulo de todas las novelas... ¡Y que ustedes, los hombres, se paran siempre en la misma hoja!..

— ¡Pero ustedes nos superan!.. ¡Usted sobre todo!.. Porque ponen, precisamente en esa misma, un suspiro y una flor que luego los años...

— Para nosotras, pobres desvalidas por lo mismo que somos mujeres, no es tan poético el amor como ustedes lo sueñan; es, como si nosotras pusiéramos la prosa y ustedes la poesía. Ya alguien ha dicho que «el marido debe ser el primer amor de su mujer, y que ésta ha de contentarse con ser el último de su marido».

— ¡Cuestión de frases, Carmina! ¡El amor, bien entendido, siempre es uno, único, como uno es Dios; lo que hay es, que, a distintas pasiones, damos igual nombre!

— En resumen: ¡que nadie sabe lo que es amor!..

— ¡Nadie y todos! Lo difícil consiste en saber cuándo es él y no otra pasioncilla la que nos desasosiega. En nosotros está y fuera de nosotros lo buscamos; ¡por eso, para mí, el amor es usted!

Ante la audacia de la declaración, aunque ya presentida y entrevista en el alma por ese camino de idealidad que prende de unas en otras, Carmina no pudo menos de conmoverse, enrojeciéndole el rostro como claveles, brillándole los ojos exaltados, latándole el corazón pleno de esperanzas gloriosas, temblando los labios finos y sangrientos. Y resbalaban, ahogadas, balbucientes, deladoras de emoción, las palabras que querían ser indiferentes, como si no se hubiera enterado de la afirmación de Juan Angel.

Con cierta frivolidad, con desdén aparente, dijo:

— ¡Muy complicado es todo eso del amor! ¡Me parece que yo me voy a quedar sin aprenderlo!

— ¡Sin aprenderlo!.. La sabiduría de ése, el más noble de los sentimientos, es innata en los seres. Yo, infaliblemente, puedo decirle que, hasta este instante, frente a usted, no lo sentí dentro del pecho tan desasossegado. ¡Si usted comprendiera!..

— ¡Ya le dije que no sé lo que es amor!

— ¡Reflexione y lo sabrá! Es todo esto: la dulzura de esas sus palabras; la placidez con que escucha usted las mías; la inefable mirada en que me está usted envolviendo; la zozobra con que alienta su pecho; el acelerado ritmo de su corazón en estos momentos...

Juan Angel hizo una pausa elocuente, silenciosa y grave, como cuando se alza el alma hacia el cielo por un imposible. Y como apartado del salón, lejos del baile y del instante, como si nada ni nadie les rodearan, esperó en el infinito de una mirada. Observó en Carmina algo extraño, como una transfiguración, y se notó con la mano tibia y femenina de la amada entre las suyas, igual que si le acariciase el mismo corazón. En la inconsciencia del hechizo, Carmina no supo hablar... Pero sus grandes ojos, llenos de misterio, de luz, lo expresaban todo... ¡Si tenía corazón!..

Desde aquel instante, desde ese momento poeta en que el sentimiento todo es amor, dulzura, sugestión, la buena sociedad tendría una novedad más que comentar.

Mientras, el baile continuaba, pintoresco y galante, como en aquel Versalles de fiestas y de amores...

Dibujo de Tamburini.

RETRATO DE S. S. EL PAPA BENEDICTO XV

PINTADO POR ANTONIO FABRÉS

(Véase el grabado de la página 481.)

Nuestro antiguo y querido colaborador, el eminente pintor Antonio Fabrés, acaba de obtener en Roma un triunfo grandísimo, uno de esos triunfos de los que con más razón puede enorgullecerse un artista, aunque éste cuente, como Fabrés, en su carrera muchos y muy merecidos éxitos. Este triunfo lo ha alcanzado con el retrato de S. S. el Papa Benedicto XV que reproducimos en la página 481 y que es una obra verdaderamente magistral. De todas las efigies del actual Pontífice, es ésta la única pintada por encargo de Su Santidad, quien hizo llamar a Fabrés para decirle que deseaba le hiciera su retrato con destino a la Biblioteca Pontificia, ofreciéndole cuantas sesiones le fueran necesarias para ejecutarlo. Solamente tres, de quince a veinte minutos cada una, necesitó el artista para producir esa obra magnífica que ha de legar a la posteridad su nombre unido al nombre glorioso de Benedicto XV.

Terminado el retrato y antes de hacer entrega de él a Su Santidad, tuvo expuesto unos días en su taller, por el que desfilaron muchísimos personajes de la alta sociedad y de la aristocracia romanas, individuos de la familia del Pontífice, artistas de fama grande y universalmente reconocida y los más eminentes críticos de la Ciudad Eterna, todos los cuales dedicaron a aquella pintura los más entusiastas elogios, sintetizando los más sus laudatorios juicios en frases altamente encomiásticas que, con sus firmas, consignaron en un álbum, y en artículos que publicaron los principales periódicos y revistas de Roma y de otras muchas ciudades de Italia.

Pero de todas las alabanzas por nuestro compatriota recibidas, ninguna ha debido de satisfacerle tanto como la del propio Benedicto XV, quien al contemplar su retrato exclamó: «Me parece verme en un espejo», y con grandes demostraciones de entusiasmo felicitó calurosamente al pintor. En toda la Corte pontificia ha producido el retrato gran admiración.

Tan complacido quedó Su Santidad de aquella obra, que en vez de instalarla en la Biblioteca, adonde estaba destinada, mandó colocarla en la Pinacoteca Vaticana, que es indudablemente el museo más importante del mundo, en caballete aparte, en la mejor de las salas y en las condiciones de luz más favorables.

En la reproducción que del retrato publicamos podrán apreciar nuestros lectores que no son exagerados los elogios que la pintura ha merecido, pues realmente se trata de una obra que merece ser calificada de maestra.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que desde hace tantos años se honra con la valiosa colaboración de Antonio Fabrés, se complace en enviar al genial artista su felicitación más sincera y calurosa por este nuevo y extraordinario triunfo, que seguramente formará época en su ya gloriosa carrera.



Estudios, cuadros de Ramón Casas que figuraron en la Exposición de las Galerías Layetanas. (De fotografías de F. Serra.)



La vieja pescadería de Marsella, cuadro de H. Pinta. Salón de los Artistas Franceses. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística de París.)



Las tropas anamitas en el campamento Gallieni de San Rafael, cerca de Niza. - Instrucción de las tropas a su llegada a Francia

Teatro de la guerra de Occidente. - Los ingleses han tomado el bosque de Trones, rechazando contraataques de los alemanes, quienes, sin embargo, lograron recuperar una parte del mismo; han hecho progresos en las cercanías de Owillers; han recuperado el pueblo de Contalmaison; han ocupado varias líneas de trincheras del bosque de Mametz, parte de las cuales han perdido luego; han rechazado ataques al Oeste de Wytchaete y al Sur del canal de La Bassée; han obligado a los alemanes a evacuar sus trincheras de segunda línea en toda la extensión del frente de combate, desde Bazentin le Petit hasta Longueval y el bosque de Trones en su totalidad, y a retirarse de su tercer sistema de defensas más de cuatro millas detrás de las trincheras de su primitivo frente entre Fricourt y Mametz; han tomado el bosque de Belleville, al Este de Longueval; han penetrado en la tercera línea alemana por el bosque de Foureaux, al Este de Bazentin le Grand; y han consolidado y fortificado las posiciones nuevamente conquistadas.

Los franceses han hecho algunos progresos en la región comprendida entre Biaches y Barleux; han tomado el primero de estos dos pueblos y, al Sudeste del mismo, la altura 97 y la granja La Maissonette, y si bien esta granja y el pueblo mencionado les fueron arrebatados por sorpresa por los alemanes, no tardaron en conquistarlos de nuevo; se han apoderado de una importante línea de trincheras entre Barleux y La Maissonette; han limpiado de enemigos un bosque situado al Norte de aquella granja; han ocupado algunas galerías de comunicación entre Estrées y Belloy en Santerre; y han expulsado a un destacamento alemán que había logrado penetrar en una trinchera de primera línea al Norte de Chilly, en la región de Chaulnes.

En la región de Verdún, en la orilla derecha del Mosa, han rechazado a los alemanes que habían logrado penetrar en las trincheras avanzadas al Este del bosque de Fumín; han rechazado fuertes reconocimientos alemanes que intentaban llegar a las líneas entre el Mosa y la altura de



La hora de la comida



Soldado anamita fumando el *quedillot*, que es la pipa nacional

terreno cerca de la Chapelle Saint Fine, después de un violento ataque desde la aldea de Fleury al bosque de Vaux Chapitre. En la orilla izquierda, han rechazado un ataque contra las posiciones al Noroeste del reducto de Avocourt y han tomado algunos elementos de trincheras al Este de la altura 304.

En la Champaña, han tomado algunas trincheras entre Tabure y la Butte de Mesnil y han penetrado en un saliente de la línea enemiga en los alrededores de Prosnès; en Lorena, han rechazado un ataque contra las trincheras al Este de Badonvillers, pero no han podido evitar que los alemanes penetrasen en un saliente de la línea al Este de Reillon; y en los Vosgos, han rechazado ataques al Sur de Lusse y contra la trinchera situada al Este de Carspach.

Los alemanes, en el frente anglofrancés, han recuperado el bosque de Trones, la granja La Maissonette y el pueblo de Barleux, si bien luego han vuelto a perder el bosque y la granja; han rechazado ataques ingleses a ambos lados de la carretera de Beaupreuve a Albert, contra el pequeño bosque de Trones, contra Owillers y contra Bazentin le Petit, y los intentos para apoderarse del bosque de Mametz; y ataques franceses contra el frente Belloy-Soyecourt, a ambos lados de Barleux y Estrées y al Sur y al Este de Biaches. Reconocen que los ingleses se han apoderado de Contalmaison y han conseguido penetrar en las líneas entre Poizieres y Longueval e instalarse en el pequeño bosque de Trones, y que los franceses han tomado el pueblo de Biaches.

En la región de Verdún, han adelantado sus posiciones hasta las obras de los fuertes Souville y Laufée, rechazando contraataques, y han rechazado ataques contra las alturas de Froide Terre, contra Fleury y contra las líneas al Sudoeste de las obras de Thiaumont.

Poivre; y han realizado algunos avances al Sur y al Oeste del pueblo de Fleury. Reconocen que los alemanes han logrado penetrar en la batería de Damloup y han ganado un poco de

Souville y Laufée, rechazando contraataques, y han rechazado ataques contra las alturas de Froide Terre, contra Fleury y contra las líneas al Sudoeste de las obras de Thiaumont.



S. M. el Rey Jorge V de Inglaterra (x), acompañado del general French, presenciando, en el campo de Aldershot, el desfile de las tropas canadienses con motivo de la celebración del «Dominion Day»



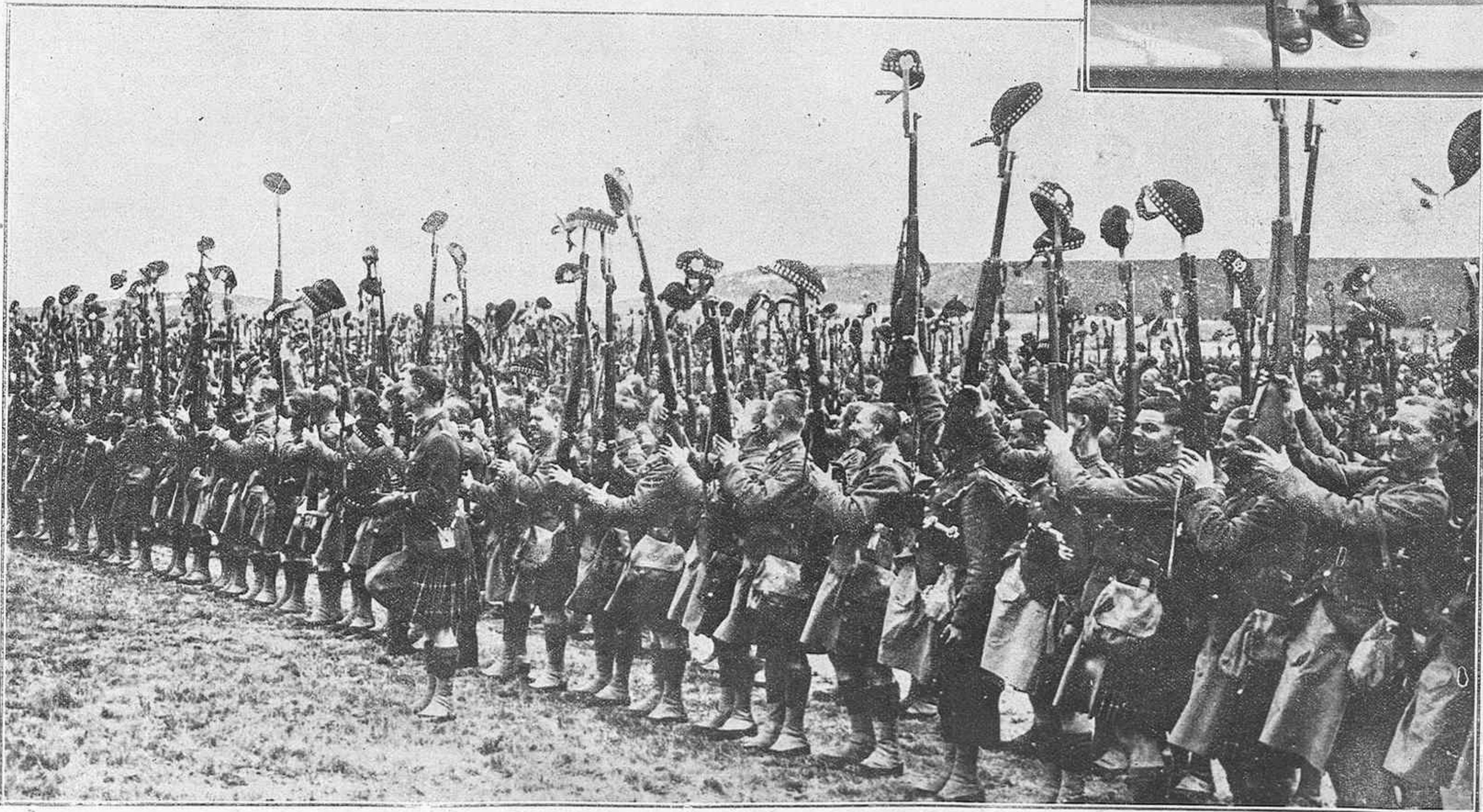
El nuevo Secretario de la Guerra inglés Mr. Lloyd George. — Soldados highlanders canadienses aclamando al Rey Jorge V el día de la revista del «Dominion Day»

En la Champaña, han rechazado ataques en varios puntos. **Teatro de la guerra de Oriente.** — Los rusos han rechazado ofensivas alemanas contra el sector de Franz, en la región de Riga; al Sudeste del lago Sventen, en la región de Dvinsk; y en Skrobof; han rechazado ataques y contraataques de alemanes y austriacos al Este de Baranovitchi, al Oeste del Strypa y al Noroeste de Kimpolung; han seguido avanzando en la región del Stochod, pasando este río por varios puntos al Sur de los pantanos de Pinsk y rechazando al enemigo que intentaba atravesarlo; han tomado varios pueblos al Sur del ferrocarril de Sarny a Kowel y se han apoderado del importante nudo de vías férreas de Delatyn.

Los alemanes han rechazado a unos destacamentos que intentaban franquear el Duina al Noroeste de Friedrichstadt; han rechazado ataques cerca del lago Narotch, en la región del Stochod, al Sudeste de Luzk, en Skrobof y al Noroeste de Buczacz; han rechazado un contraataque cerca de Garecze, al Norte del ferrocarril de Sarny a Kowel; han recuperado algunas posiciones en la región de Baranovitchi; y han contraatacado a las fuerzas rusas al Sudoeste de Luzk.

chazando un ataque al Sudoeste de dicha ciudad; y han rechazado varios ataques contra las posiciones situadas en la altura de Kaegul (Bukovina).

Italianos y austriacos. — Los italianos han hecho algunos progresos en el valle de Adigio, en donde han rechazado un ataque contra sus nuevas posiciones al Norte de Malza Zugna; sobre el Pasubio han conquistado algunas posiciones al Norte del monte Cormon, que en parte perdieron luego; en el valle del Posina, han tomado una fuerte posición al Este del paso de Borcole y han hecho algunos progresos en las vertientes meridionales de Sogliabianchi; en el alto Astico, han rechazado un ataque contra el monte Seluggio; en la meseta de Asiago, han recuperado algunas posiciones en la zona del monte Chiesa; en la meseta de Sette Comuni, han rechazado los intentos de los austriacos para recuperar las posiciones perdidas; en la región de Tofano (alto Boite), han ocupado fuertes posiciones rechazando los contraataques enemigos, y expulsando a los austriacos de su frente de trincheras cerca de Castelletto; y al Oeste de Goricia, han rechazado un ataque contra las posiciones del monte Sabattino.



Los austriacos han vuelto a sus antiguas posiciones sobre las alturas situadas al Oeste del alto Moldava; han derrotado a varias divisiones rusas al Sudeste de este río; han expulsado a las avanzadas rusas que habían penetrado en Delatyn, re-

Los austriacos se limitan a decir que han rechazado ataques en todos los sectores de su frente y han desalojado a los italianos que se habían apoderado del monte Cormon, al Este del valle del Brand.

La guerra naval. — En el Mar Negro ha sido hundido por un sumergible enemigo un transporte ruso. En el Adriático, un crucero austriaco ha echado a pique dos buques auxiliares ingleses y causado averías en otros dos.



EL JUICIO FINAL, célebre fresco pintado por Miguel Angel que se admira en la Capilla Sixtina del Vaticano

(De fotografía de E. Alinari.)



Retrato de S. S. el Papa Benedicto XV pintado por Antonio Fabrés por encargo del Sumo Pontífice y colocado por orden de éste en un sitio de honor de la famosa Pinacoteca Vaticana. (De fotografía de Anderson. - Véase página 476.)



La Granja. Campeonato de motocicletas con «side-cars». - S. M. la Reina D.^a Victoria Eugenia con sus augustos hijos saliendo de la tribuna desde la cual presenciaron la carrera

LA GRANJA

CAMPEONATO DE MOTOCICLETAS CON «SIDE CARS»

Se ha celebrado en La Granja la carrera de motocicletas con «side-cars» denominada Circuito del Guadarrama y organizada por el periódico matritense *La Acción* con el concurso del Moto-Club de Madrid, en la que se han disputado las Copas de S. M. el Rey, de *La Acción* y del Moto-Club, y otros premios.

La Copa de S. M. había de ser ganada por un equipo de tres motocicletas, siempre que terminasen la carrera dos aparatos, por lo menos, de la misma marca.

La Copa de *La Acción*, un objeto de arte y una medalla de



El notable poeta D. Adolfo Aponte, teniente de infantería, autor del drama *El rey ciego*, que ha obtenido el premio del concurso del Ayuntamiento de Madrid. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

España Deportiva eran los premios para los motos de primera categoría.

La Copa del Moto-Club, un objeto de arte y una medalla constituyen los premios para los motos de segunda categoría. Además había varios premios especiales.

En la Puerta de Segovia habíase instalado una tribuna que ocuparon los Reyes, el Príncipe de Asturias, los Infantitos, el Príncipe Raniero, el ministro de Instrucción Pública, las duquesas de San Carlos y de la Victoria, la condesa del Puerto, el general Aznar, el duque de Santo Mauro, el marqués de Villaviciosa de Asturias, el conde del Grove y otras distinguidas personalidades.

De las veinte motocicletas inscritas para tomar parte en la carrera sólo salieron dieciséis: seis Indian, seis Harley-Davidson, tres Excelsior y una James.

A las ocho y veintisiete minutos dióse la salida al primer corredor y de tres en tres minutos continuaron partiendo los restantes.

En la primera vuelta, llegaron por el orden siguiente: Lliviría, Ródenas, Vildósola, Reina, Fuentes, Villar, Coppel, Retana, Landaluce, Martí, Santa María, Elías, Acebo y Beltrán.

En la segunda vuelta, llegó también primero Lliviría, que empleó en dar las dos vueltas del recorrido (206 kilómetros) tres horas, veintiséis minutos, y cincuenta y ocho $\frac{2}{5}$ segundos. Siguiéronle Coppel, Reina, Villar, Landaluce, Ródenas, Martí, Elías, Retana, Santa María, Acebo y Beltrán.

Los resultados definitivos de la carrera fueron los siguientes:

Para la Copa del Rey: primero, equipo azul, Harley-Davidson, formado por Lliviría, Landaluce y Martí; suma de tiempo, once horas, diecisiete minutos y cincuenta y dos $\frac{2}{5}$ segundos. - Segundo, equipo verde, Harley-Davidson, formado por Coppel, Retana y Elías; suma del tiempo, doce horas, cinco minutos, veintidós segundos. - Tercero, equipo amarillo, Indian, formado por Villar, Santa María y Acebo; suma del tiempo, trece horas, cinco minutos y quince $\frac{3}{5}$ segundos.

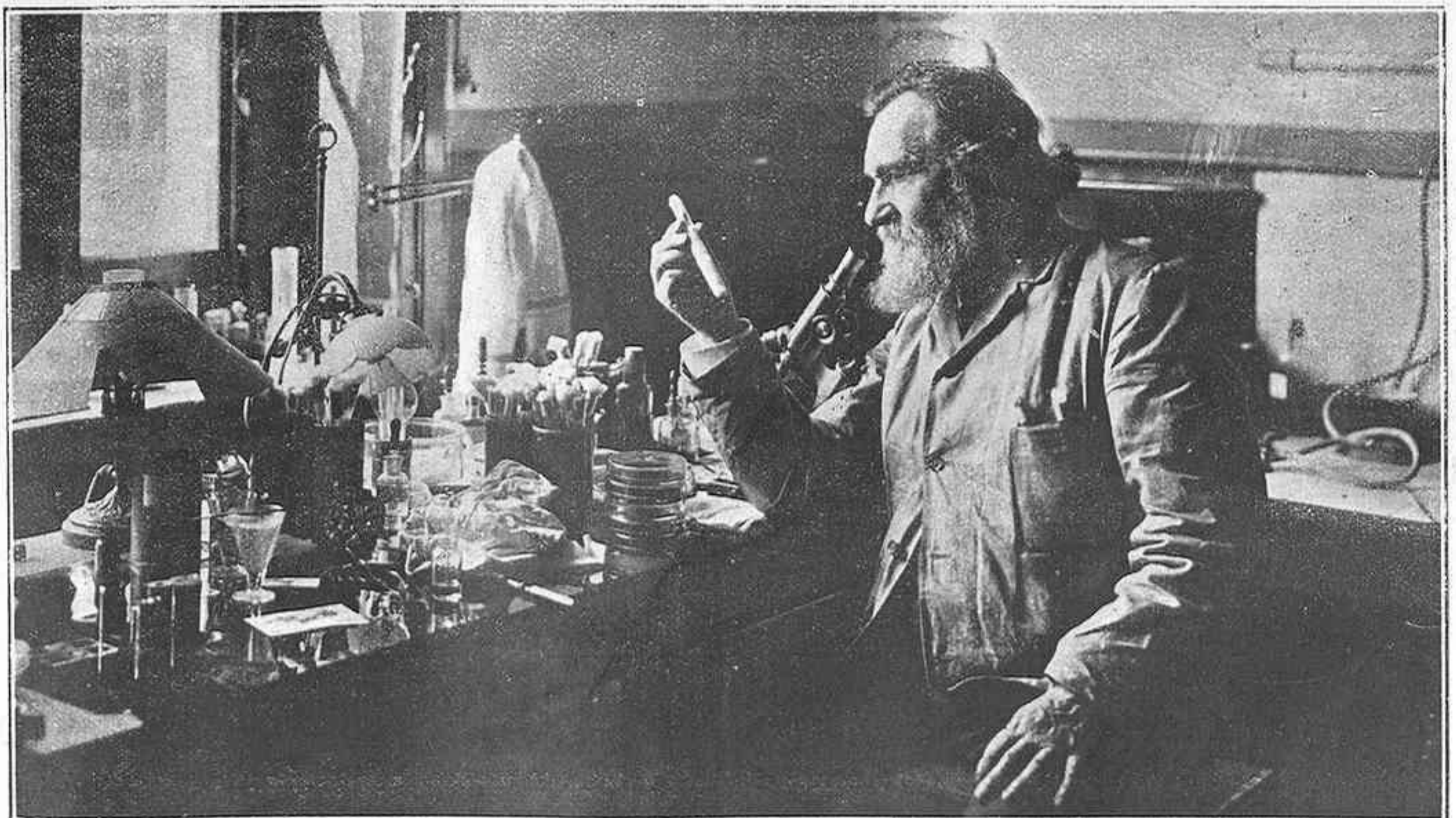
Para la primera categoría: primero, Acebo, motocicleta Indian; cuatro horas, treinta y cinco minutos y treinta y un segundos. - Segundo, Beltrán, motocicleta James; cinco horas y dos minutos.

Para la segunda categoría: primero, Lliviría, motocicleta Harley-Davidson; tres horas, veintiséis minutos, cincuenta y ocho $\frac{2}{5}$ segundos. - Segundo, Coppel, motocicleta Harley-Davidson; tres horas, cuarenta minutos, cuarenta y dos $\frac{2}{5}$ segundos. - Tercero, Martí, motocicleta Harley-Davidson; tres horas, cincuenta y cuatro minutos y un segundo. - Cuarto, Elías, motocicleta Harley-Davidson; tres horas, cincuenta y cinco minutos y treinta y seis segundos. - Quinto, Villar, motocicleta Harley-Davidson; tres horas, cincuenta y seis minutos y treinta y seis $\frac{2}{5}$ segundos. - Séptimo, Reina, motocicleta Indian; cuatro horas, diecinueve minutos y veintitrés $\frac{2}{5}$ segundos. - Octavo, Ródenas, motocicleta Indian; cuatro horas, veintitrés minutos y treinta y nueve segundos.

EL DR. METSCHNIKOFF

Ha fallecido recientemente en París este eminente sabio ruso, que era miembro de la Academia de Ciencias y subdirector del Instituto Pasteur.

El Dr. Elías Metschnikoff había nacido en Ivanoska el 15 de mayo de 1845; estudió en la universidad de aquella población y en las de Giesen, Goettinga y Múnich, y en 1870 fué nombrado profesor de Zoología de la de Odesa. En esta última ciudad primero y luego en los viajes que, a partir de 1882, hizo a Italia, a Madera y a Tenerife, pudo estudiar de cerca los efectos que en algunos animales de constitución rudimentaria produce la acción de los cuerpos extraños; y a fuerza de múltiples experimentos, de deducciones lógicas y de profundas observaciones, descubrió uno de los más grandes secretos de la naturaleza, una gran parte del mecanismo de la inmunidad y de la defensa del organismo humano por la fagocitosis.



El eminente sabio ruso Dr. Metschnikoff, subdirector del Instituto Pasteur, que ha fallecido recientemente en París, en su laboratorio de trabajo. (De fotografía de M. Branger.)

Admirador de Pasteur, con quien estaba en íntima y frecuente correspondencia, pidióle, en 1890, un puesto en su Instituto; Pasteur aceptó muy satisfecho su colaboración y le nombró jefe del servicio del laboratorio de investigaciones. En la actualidad era subdirector de aquel importante establecimiento.

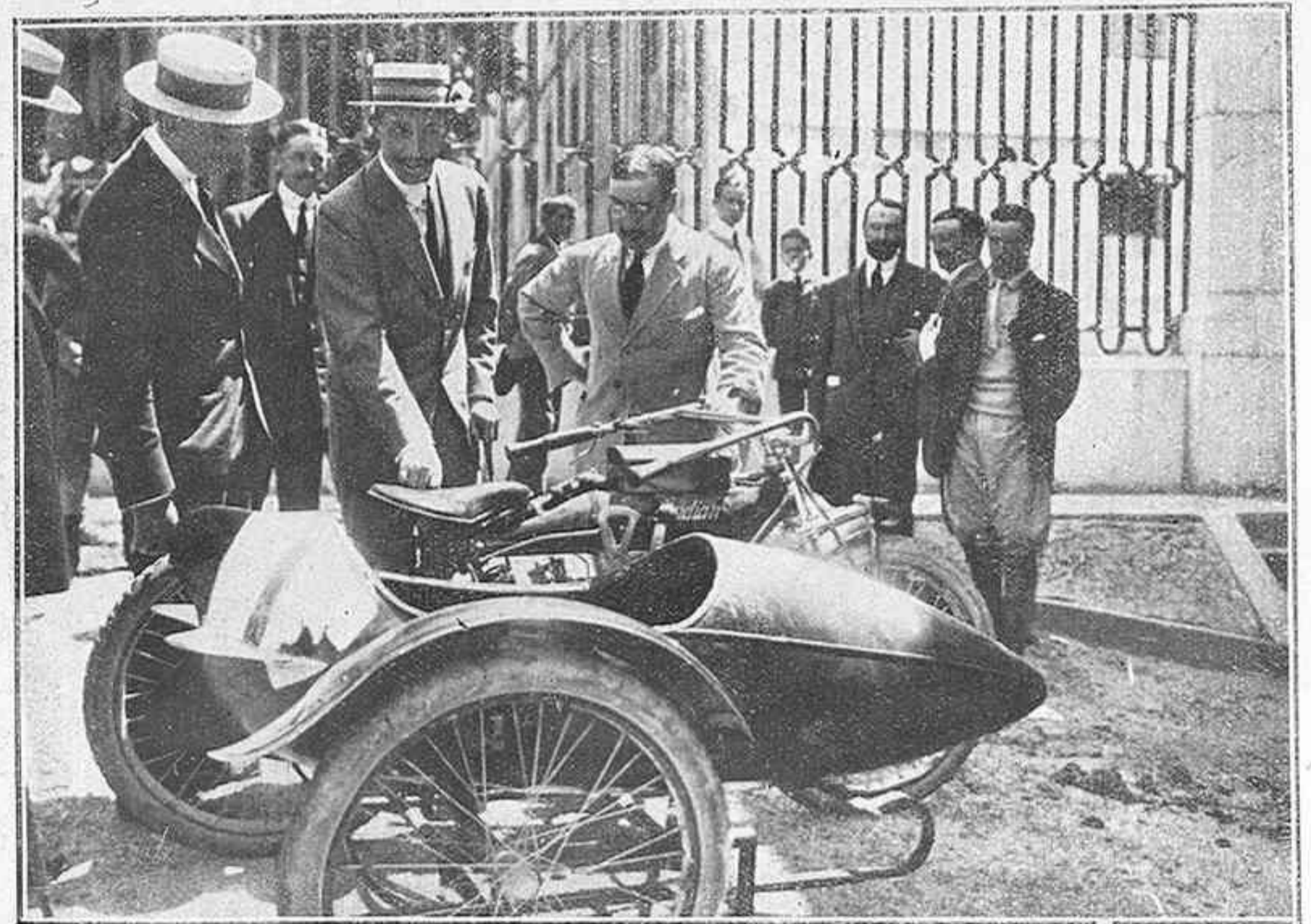
En 1891 dió una serie de admirables conferencias sobre la patología comparada de las inflamaciones que señalan una fecha memorable en la historia de la biología, y diez años después publicó un voluminoso libro, resumen de las conclusiones de sus estudios sobre la inmunidad en las enfermedades infecciosas, obra de indiscutible solidez científica, en la que, al paso que rebatía las objeciones de sus contradictores, sentaba su doctrina sobre bases cada vez más firmes. El estudio del papel que los fagocitos desempeñan en la génesis de los fenómenos de degeneración senil y de esclorosis de nuestros órganos, le inspiró los *Estudios sobre la naturaleza humana* (1903) y los *Ensayos optimistas* (1907), libros admirables así por la profundidad de la doctrina como por la forma atractiva de que supo revestirla. Entre sus otras numerosas obras, merecen citarse en primer término sus admirables trabajos sobre la *Inflamación* y sobre la *Inmunidad en las enfermedades infecciosas* y sus estudios sobre las *Reabsorciones de las células* y sobre la *Degeneración senil*.

En 1908, le fué adjudicado el premio Nobel de Medicina, que compartió con el ilustre bacteriólogo alemán Dr. Ehrlich; y en 1913, el gobierno francés le nombró comendador de la Legión de Honor.

PARÍS. - LA FIESTA NACIONAL DEL 14 DE JULIO (Véanse los grabados de la cubierta y en la página 487)

Con gran solemnidad y sin carácter de festejo, que no se compaginaria con la gravedad de las circunstancias por que actualmente atraviesa Francia, se ha celebrado en la vecina República la fiesta nacional del 14 de julio.

En París efectuóse una gran revista militar en la que figuraron tropas de todos los aliados, sacadas del frente de batalla



La Granja. Campeonato de motocicletas con «side-cars». - S. M. el Rey viendo la motocicleta Indian de D. Julio Acebo, que ganó el primer premio de la primera categoría. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

para tomar parte en ella: inglesas, escocesas, canadienses, australianas, indias, belgas, rusas, francesas, argelinas, anamitas, etc. El Presidente de la República, después de haber revistado aquellas tropas, procedió, en el Gran Palacio, a la entrega de los diplomas a las familias de los héroes que han muerto por la patria, pronunciando con tal motivo un elocuente y conmovedor discurso.

Terminada aquella ceremonia, que resultó en alto grado emocionante, todas las tropas desfilaron ante el Presidente entre las calurosas aclamaciones de la multitud.

AMORES VERBENEROS

NOVELA MADRILEÑA ORIGINAL DE FEDERICO TRUJILLO. - ILUSTRACIONES DE V. CUTANDA



Soledad en su trono parecía un ángel de hermosura divina...

I

LAS ALEGRES COMADRES MADRILEÑAS

«De Madrid al cielo y un agujerito para verlo» reza un viejo adagio de la Corte que tiene más de hipérbole que de refrán. Madrid con ser la capital del reino, deja mucho que desear. No tiene la grandeza de Barcelona, ni el aire pintoresco de Sevilla, ni la apariencia coquetona de San Sebastián. En vano sería buscar en él la blancura resplandeciente de Cádiz o el aspecto severo y melancólico de monje en meditación, característico de las capitales del Norte como Oviedo, Orense y Pontevedra. Sin embargo Madrid tiene un encanto revoloteante de mujer fea, pero graciosa, y atrae a los más rehacios que al

poco tiempo de residir en él se sienten como sugestionados por esta gracia de la Villa del Oso, semejante al hechizo de una sirena. Madrid, el Madrid del alma encantadora, el de las grandes miserias trágicas que surgen casi al pie de los palacios, el que se ensancha y hermosea por el paseo de Rosales y el campo del Oeste, y se llena de inmundicia con su Rastro, sus Peñuelas y sus barriadas de gitanos que acampan a la vera del Manzanares es, pese a sus defectos, una urbe seductora. Se maldice de Madrid, de su falta de condiciones higiénicas, de su frío siberiano en invierno y de su calor de hoguera en verano; de sus feas casuchas de vecindad, de los servicios municipales; pero al llegar el momento de la partida una angustia inexplicable llena nuestros corazones, algo así como el dolor de separarnos de una

ingrata a quien adoramos con todas sus faltas, errores e ingratitudes.

Ocurre que cuando Madrid es más hermoso y tiene más atractivos lo abandonan sus moradores pudientes y adinerados, y aun los que no lo son, por el señuelo de la descansada vida campesina que es muchas veces un falso paraíso sobrado de pulgas y mosquitos y falto de comodidades. A medida que se va acercando el calor, la villa madrileña parece que se quita un antifaz para dejar ver su verdadero rostro de manola de antaño y vistiendo sus mejores galas, sonríe entre el bullicio de sus verbenas al compás de las guitarras y de los organillos de manubrio. Todo es alegría. El cielo tiene un azul intenso, el sol brilla en todo su esplendor y en balcones y ventanas los tiestos de claveles y albahacas se sostiene

nen por un milagro de equilibrio y cantan los canarios tordos y jilgueros desde sus prisiones de alambre.

Este regocijo del cielo y de la tierra parece comunicarse a los corazones que se ensanchan embriagados de alegría, y como de tal abundancia de corazón habla la lengua, he aquí que en calles, patios y corredores se reúnen, unas veces los novios para hablar de amor, otras veces las comadres para murmurar, y siempre, acá y acullá, corrillos de hombres y mujeres que charlan donosamente llenando su conversación de timos picarescos, de imágenes ingeniosas, apasionándose tanto por lo grande como por lo pequeño, discutiendo a veces por cosas baladíes y demostrando a cada instante que por sus venas aun corre a raudales la sangre de las majas y de los chisperos, que éste es y será el pueblo invariable de pan y toros.

La tarde en que da comienzo esta narración era una del mes de mayo florido y hermoso. Las casas conocidas con el nombre de «Las Fraguas» más allá del Puente de Toledo y próximas al Manzanares, estaban más alegres que durante el último invierno, que fué crudo merced a los helazos que se metían huesos adentro y al constante soplo del Guadarrama que, según el dicho popular, *no apaga un candil pero mata un hombre*.

Blancas las paredes recién encaladas de las viejas casuchas que formaban el cuadro del patio, resaltaban sobre ellas el rojo encendido de los tiestos, los gayos colorines de flores y plantas, y los tintes de las ropas tendidas sobre cuerdas de corredor a corredor. Cantando los pajarillos en sus jaulas, cantando también como ellos unas mozas, riendo otras y repicando a gloria los martillos en las fraguas, trascendía de toda la mansión el contento de sus habitantes pobres pero dichosos con su patrimonio ideal: la esperanza en las horas tristes, y el regocijo inocente, expansivo, en los momentos felices. Había en los rostros de las mocitas de esta casa antañona a modo de un nimbo de felicidad que demostraba claramente cómo, a pesar de su humilde condición, supieron encontrar la dicha en su laboriosidad y en su ignorancia. Aun conservo en mi memoria el recuerdo de las casitas de las fraguas y de su alegre patio como el de la visión de un cuadro goyesco. Me parece estar viéndolas con su aspecto ruinoso, como tambaleándose a impulsos de un ciclón, próximas a derrumbarse en la calle que en declive terminaba a las orillas del río. Penetrando en ellas se podía ver algo muy curioso, anacrónico, incomprensible: en pleno Madrid unas viviendas al estilo de aquellas otras de los sainetes de Don Ramón de la Cruz, o quizás fiel imagen de las que viera en el Madrid viejo el glorioso Mesonero Romanos. Los amplios corredores capaces para albergar un pueblo, los cuartos a modo de celdas conventuales, el patio semejante a una playa de guijarros, lleno todo el día de viejos, mujeres y chiquillos, y al obscurecer de trabajadores que de los talleres de construcciones metálicas tornaban a sus hogares. Era de ver a un lado el enorme pilón de piedra donde lavaban las mozas, en otro la herrería, en cuyo fondo llameaba la fragua y se desprendían de los hierros incandescentes al golpe de los martillos miriadas de chispas fugaces como las de unos fuegos de artificio, y por último — separando el patio del polvoriento camino que limitaba las fachadas posteriores de las casuchas —, el alto muro con recio y gran portón a la antigua usanza y fuera el hueco abierto en la pared a modo de hornacina, donde la fe de los vecinos colocó una Virgen de la Paloma, un poco tosca en verdad, pero a la que nunca faltó flores en sus desportillados jarros de porcelana ni aceite en sus lámparas votivas.

A las cinco de la tarde habíanse reunido en el patio la flor y nata de las mozas de la vecindad. Allí estaban: Rosita con su cuerpecito menudo y garboso y su cara de muñequita de cera; Gloria, una morena de ojos ensoñadores, trigüeña, delgada, con la esbeltez y la gracia de una virgen egipcia que denunciaba su casta gitana; Rosario, mocita de quince abriles que en su cuerpo reunía los más delicados encantos; Misericordia, hembra de ojos morunos; cuerpo de matrona y andares de reina; Isabel, que no era una belleza, pero suplía su falta de encantos físicos con su gracia picaresca; y por fin, la Pajarito, la diminuta Pajarito, que daba con sus pestañas más aire que cien abanicos japoneses, según el dicho de su novio, un *guasa viva*, andaluz y torero por más señas, que apuntaba los piropos en el velillo del sombrero.

A esta media docena de angelitos de la tierra hay que añadir otras seis que podían hacer el completo sin desmerecimiento alguno.

Cada vez que una de estas encantadoras criaturas

pasaba por la puerta de *las fraguas*, había en éstas un revuelo de risas, bromas y piropos de los mozos de la herrería, que al contemplarlas parecían reflejar en sus ojos la lumbrera de los fogones de forja.

— ¡A ver; que os dormís, niños! Eso *pa* después del trabajo. *Too* lo demás es machacar en hierro frío, decía el Sr. *Lifonso* el herrero, hombre honrado y trabajador, mole de carne y de bondad, que amaba a sus obreros como si fueran hijos suyos.

— ¡Qué formal es *nostramo!*, replicó un aprendiz. No decía *usté* lo mismo cuando el otro día le vi en el *Petite Candelas*, ese bar con *reservao* adonde *usté* acude los domingos. ¡Vaya una mañana que se da el *agüelo pa* camelar a Trini, la mejor camarera del *tup!*

— ¡*Quiés* callar, *chicharra!*

— Pues no es *naide* la moza cuando se recoge la falda y enseña un pie así de pequeñito, prosiguió el aprendiz sin hacer caso del maestro, enseñando uno de los suyos enorme, negro como el de un deshollinador.

— ¡Qué iba a ser así, mala sombra!, objetó el señor *Lifonso* haciendo un mohín cómico de repugnancia.

Todos los herreros prorrumpieron en grandes carcajadas y después, como el maestro frunció el entrecejo, se entregaron al trabajo con más ardor que antes.

De pronto, del grupo de mocitas que bullía en torno de la fuente salieron grandes risas. Era que había entrado el Mochuelo II, novio de la preciosa Pajarito.

— ¡Siempre os reís cuando viene mi cortejo, y eso no me gusta, vaya!, dijo la Pajarito, picada por las risas de sus compañeras.

— No te enfades, respondió Misericordia. Si es que *m'hace* gracia que *pa* decir un chiste se *tié* que quitar el sombrero como si pasara el Señor.

— ¿De veras?.. *Pus güeno* que no *l'haga* tanta gracia, no se me antoja a mí tirarte del postizo, dijo la Pajarito alzando sus manecitas cerradas hasta el rostro de la burlona.

— ¡Te ibas a tener que subir a una silla, muñeca!, contestó Misericordia volviendo la espalda a la irascible pequeñita después de haber cogido de la fuente su cántaro.

— Pero *vamo* a *ve*, dijo el Mochuelo II mirando el interior de su sombrero cordobés. ¿Es que tengo yo monos en la cara?.. ¡Que se rien!. *Pus, güeno*: que se rían. *Ange* y *grasia* que tengo en el *físico*... ¿*Verdá*, niñas? *Es* que ésta *tié* mucha escama y se le antoja que *tóo* es pitorreo. Y *pa* que vean *ustés* que no *jago* caso, voy a *desila* un piropo que la hará *perdê* la *cabesa* como los *ceriyos* de a *sinco*.

Y el mozo, arrojándose a la querencia y adoptando una actitud relativamente gallarda, dijo en voz alta:

— ¡Bendita sea tu *mare refitolera, grasiosa!* Eres er papa del clero femenino y *tiés* más curvas que una plana de gótica. En mi vida he visto una mujer tan, tan, tan...

— ¡Las doce y *meñaa* y sereno!, cantó la saladísima Isabel.

— ¡Uy, uy, uy, cuerpo *güeno!*.. Ha *cantao* *usté* más a tiempo que el gallo de la Pasión, exclamó el aspirante a fenómeno contrayendo en una mueca ridícula los músculos de su cara de simio.

— Yo lo decía, respondió Isabel, porque con ese tan, tan parece *usté* un reloj o un tranvía eléctrico.

— ¡Ha *estao sembrá!*.. *Güeno* eso era que lo demás lo apunté en la badana y se me ha *borrao* con la *calô*.

La contestación hizo que las mozas se rieran del novio de la Pajarito y que ésta se marchara del patio echando tripas.

— ¡Uy, uy, uy!, volvió a decir el Mochuelo. ¡Cuando yo digo que tengo *grasia* y *ange!*

— Oye, Manolo, dijo una vieja que con otra formaba un extenso corrillo donde se hacía media, se repasaba la ropa interior y se murmuraba sin duelo. ¿Tú sabes algo de la Patro, la nueva vecina?

— ¿Y que *quíe* que sepa, *señá* Nati, lo que *toos*: que esa Patro es más *caílda* que un hermano de la cofradía *der silencio*; que ayuda a su padre con lo que gana y por *último*: que *yeva* siempre en brazos un chiquitín en *too* a *eya pareció*... ¡Y *na* más!

— Parece que no quiere *palique* con nadie, murmuró otra vieja.

— A saber si tiene algo que ocultar..., añadió la primera comadre preguntona.

— ¿Es soltera?

— ¿Es casada?

— Y si es casada ¿dónde está el marido?

— ¡*Jinoj!*, exclamó el *maleta* sin saber qué responder a tal avalancha de interrogaciones. ¡Preguntan *ustés* más que *pa sacá* la *ácula!*

— Vaya hombre; no te enfades, dijo la *señá* Nati

tratando de persuadir con acento dulzón al flamenco. Yo te lo decía porque como tú eres amigo del hijo del Sr. *Lifonso* el herrero, de Salvador, que anda loco *perdí* por ella...

— Y *eso*, ¿qué? ¡Ni que *fuá* yo su *apederao!*

Impulsadas por la curiosidad habíanse acercado las viejas al mozo, como buitres en torno de la carroña, estrechando el círculo en torno suyo; las mocitas tomaron parte en el esquiteo y minutos después, viejas y jóvenes eran a decir y maldecir de la misteriosa vecina.

— Yo sé la verdadera historia de esa mujer, dijo una joven que hasta entonces no intervino en la conversación.

Todos los que oyeron estas palabras, fijaron en ella sus ojos llenos de curiosidad.

La que así hablaba era una mujer hermosa; pero su belleza, como la del ángel caído, inspiraba tristeza, un indefinible sentimiento de temor, por la sonrisa de sus labios de bordes finos, por la fría mirada de sus ojos azules, espejillo de un alma ruin llena de viles pasiones.

Vestía la joven falda y blusa de muselina a rayas, adornándose con un delantalillo de dril con encajes y un pañuelo de seda cruda que sujetaba al cuello con un nudo coquetón. Con sus valiosos pendientes y sus dos lanzaderas de rubíes y esmeraldas, peinada con patillas y abuelos, era el arquetipo de la chulapa enriquecida que, en medio de su lujo, no quiere abandonar las rancias costumbres de majería del pueblo bajo de Madrid.

Esa hermosa mujer llamábase Julia, pero en la casa conocíanla por el remoquete de *Malayerba* porque era soberbia, envidiosa, mal intencionada y no podía ser que moza alguna le quitara el privilegio de sus hechizos. Creíase un ser superior ya tal punto llegó este amor propio, que en poco tiempo se captó el odio de todo el barrio. ¡Quién como ella para hacer reñir a dos amigas? ¿Quién como ella para burlarse de los hombres y humillar a las mujeres?.. ¡Desgraciado del mozo que se mostrara indiferente a sus seducciones! ¡Infeliz de la mujer que se interpusiera en su ruta cuando trataba de conseguir su capricho!.. Por esta razón Julia odiaba con odio inextinguible a la Patro, que ignorante del secreto de su simpatía, la robó, inconscientemente, con su mirífica sonrisa el cariño de Salvador que comenzaba a rendirse a los ardides amorosos de *Malayerba*.

Salvador era el único hombre que se había mostrado indiferente ante sus desplantes y gallardías de manola, y esto bastó para que ella pusiera más empeño en enamorarle y enloquecerle para después pagar este cariño con burla y desprecio.

Pero la llegada de la linda Patrocinio vino a destrozar sus planes eclipsando su belleza y haciendo surgir en el corazón de ésta varias complicaciones sentimentales: celos, despecho, odio... ¿amor?.. acaso; pero amor de vanidad. Una cadena sin fin de pasiones que le hacían más deseable el amor de Salvador, cuya figura habíase grabado en su imaginación con toda su salvaje hermosura varonil. Julia odiaba a su rival como odian los demonios a los ángeles; con la desesperación de la impotencia, con toda la rabia de su fracaso del que nació un monstruo: la envidia.

La envidiosa tomó una silla y acercándose al mentidero dijo otra vez:

— Yo sé la verdadera historia de esa mujer.

Y dió comienzo al tejido de sus infundios y calumnias fingiendo unos rubores que estaba muy lejos de sentir.

Tan embebidos estaban en el relato la chismosa y sus oyentes, que no se dieron cuenta de la llegada de Salvador. Éste, al oír, entre risas y burlas, el nombre de Patro, se aproximó quedamente al corrillo, y al ver que Julia desprestigiaba a la mujer por quien sentía una veneración y amor profundos, cortó la palabra de la calumniadora diciéndole:

— Siempre habla la que más tiene por qué callar. Ya sabía yo que tú andabas diciendo infamias de esa pobre niña que ningún daño te hizo.

— ¿Y qué tengo yo que callar?, dijo Julia saltando de su asiento como si la hubiera mordido una víbora. Dilo, hombre, dilo. No sabía yo que te habías *metío* a *abogao* de pobres.

— Es que ella se lo merece porque es buena.

— ¡Una santa!..

— ¡Más que tú!

— ¡Quisiera!.. Por lo menos yo no tengo sobrinos pegadizos, como tu adorada.

— Si vuelves a murmurar de esa mujer te arrancho la lengua, gritó el mozo haciendo un esfuerzo para contener su ira.

— Chico, contestó ella con dejo chulón, ¡la que quiera honra, que la gane!

— ¡Anda *pa* dentro, muchacho! ¿Quién te manda a ti a meterte en cuentos de mujeres?, dijo el señor *Lifonso* saliendo de su herrería al ver el sesgo que tomaba la disputa.

Y cogiendo a su hijo por un brazo, le dió un empujón vigoroso que le hizo entrar de cabeza en el taller.

Al verse entre los suyos, dijo Salvador a su padre:

— Un día vamos a tener gresca, y gorda. Esa mujer se pone siempre en mi camino y no será extraño que tropecemos.

— ¡Pues no la hagas caso!, objetó el padre.

— Mire que Julia es muy mala... Por algo la llaman en el barrio la *Mala hierba*...

II

UNA HISTORIA COMO HAY MUCHAS

¡Qué bonita era Patrocinio! ¡Qué bien hubiera estado en su cuerpo gentil de virgen bizantina la falda angosta de medio paso, la blanca mantilla levantada por airosa peineta, los zapatitos con galgas, el *puñao* de rosas en el pecho y el enorme abanico valenciano que templara el fuego de sus ojos cegadores que, como en la copla de *La Chavala*,

«eran rayos de un sol de Madrid
en un trozo de cielo andaluz!»

Figuraos una de esas mujeres enigmáticas, de rostro trigueño, negras pupilas y talle de palmera que se ven en los cuadros de Romero de Torres, y obtendréis la imagen de Patrocinio. Alta, gallarda, con gallardías de estatua griega; los senos virginales pequeños y levantados; los ojos muy grandes, donde fulguraban al través de la tupida red de las pestañas sus pupilas de abismo; gordezuelos pero pequeñitos sus labios sombreados por un vello finísimo y desplegados por una sonrisa melancólica que dejaba ver la nieve de su dentadura, la hermosa *Patro* parecía mejor la imagen del sueño de un artista que una mujer de carne y hueso. A primera vista inspiraba una inexplicable simpatía, con la que subyugó a los hombres, hizo que el vecindario le brindara su amistad, saludándola con la sonrisa a flor de los labios, y que muchas veces, amigas de un momento, le contaran sus más íntimos secretos.

Sin embargo, Patrocinio parecía rehuir el trato propio de una casa de vecindad, como si temiera salir del retraimiento que formó en torno suyo un ambiente de historia romántica de amores y de abandono. Aunque apenas tenía veinte años, era un modelo de formalidad, de mujer del hogar; una niña vieja, triste, silenciosa, reflexiva. En sus conversaciones, en todos sus actos, manifestaba tal desvío por esas pequeñas vanidades que tanto halagan a las jóvenes, y tan poca afición por las frivolidades que informan el espíritu femenino en la mayoría de los casos, que llegó a causar extrañeza en el vecindario. Sorprendía que una mujer joven y agraciada renunciara a los placeres honestos propios de su edad y todos los vecinos atribuyeron su tristeza a un desengaño, a un dolor muy hondo, a una pena inconsolable. Y no faltaron malas lenguas que achacaran esta tristeza a unos amores desgraciados, de los que debía ser el fruto aquel niño de ensortijados cabellos y ojos gitanos que tanto se parecía a Patrocinio. Fantasmagorías de imaginaciones que, a falta de mejor ocupación, se forjaban novelas de folletín con argumentos de películas cinematográficas. En cada una de aquellas comadres había un *detective* en cierne.

En verdad, la historia de *Patro* era una triste historia, pero de nada tenía que avergonzarse, porque ni la miseria ni el mal ejemplo ni la fatalidad, que cruel la perseguía, lograron que su frente se manchara con la sombra de un pensamiento pecador.

He aquí la razón de la extraña melancolía que embargaba el alma de la joven.

Era Patrocinio del Valle hija de un gitano cañí y de una hembra de la pura cepa madrileña. El *señor Grabié*, su padre, apenas cumplió los veinte años vino a la corte, donde, con la ayuda de un amigo de la infancia (el gitano de los Cascabeles), pudo dedicarse a la compra y venta de ganado y hacer, antes de cumplir los cuarenta inviernos, una modesta fortuna que le permitió establecer un merendero en las Ventas. Al cumplir esta edad sintió que le llamaba la Iglesia y contrajo nupcias, por cierto muy a gusto de su ánimo. Ajeno estaba el *señor Grabié* de tal determinación cuando el amor se le entró puertas adentro en la figura de Pepilla Melgares, hija de un colega suyo en la venta de vino y paisano de tierras de Granada. De tal modo le hizo tilín la moza, que la pidió a su padre y al poco tiempo se efectuó el casorio con todas las de ritual. El ma-

trimonio era feliz. Pepilla amaba a su marido con locura a pesar de la diferencia de sus edades, porque el *señor Grabié*, con sus cuarenta años a cuestras, tenía la alegría de un niño, el vigor de un mozo de veinte abriles y la sal a *puñaos*, según la frase gráfica del *compare* Cascabeles. Sus ojos negros como el azabache, sus patillas *alfonsinas*, también negras, su cabellera sin una cana, sus facciones delicadas, su consistencia ciclópea y el color trigueño de su tez, dábanle una apariencia de perenne juventud. Además, él era un hombre modelo, trabajador, honrado, amante de su tierna y linda esposa. No tardó mucho Pepilla en ser madre y en poco tiempo lo fué de dos niñas encantadoras que completaron el cuadro de aquel hogar venturoso. Doña Pepita, como la llamaban en el barrio, y el *señor Grabié* vieron crecer lozanas y hermosas sus dos flores de amor: Soledad y Patrocinio. Mas como no hay dicha completa en este mundo, quiso Dios mandar a los dos cónyuges su cruz y su trabajo. Cada vez que doña Pepita se hallaba en cinta, el matrimonio vivía bajo el peso de una tristeza infinita. Y no era el temor de que la familia creciera demasiado, ni el de que hubiera un desnivel en las economías domésticas. La causa de la pena del matrimonio estaba en que siempre que Pepilla daba a luz se malograba el nuevo retoño y la madre sólo podía salvarse de la muerte gracias a las habilidades de los galenos. Así, la pobre mujer iba envejeciendo prematuramente, la caja de los ahorros, antaño repleta, mermando a ojos vistos y el pobre *señor Grabié* quedándose en los huesos en fuerza de sufrir y cavilar.

Doce años después, viendo que su casa se arruinaba, que su mujer iba perdiendo las fuerzas y la lozanía de la juventud, se dedicó por completo al cuidado de la infeliz, por infeliz amada con mayor ardimiento. Afanóse más que nunca a lograr economías, metiéndose en negocios arriesgados y trató de rehacer su menguado peculio. Estas ansias de dinero llevaronle a locas empresas de las que hubo de salir tan mal parado que al fin se vió sin ahorros, sin hacienda y sin crédito. Traspasó el establecimiento y redujo sus gastos privándose de sus honestas diversiones: del rato de charla en el café con los amigos, de la modesta partida de *chamelo*, hasta del tabaco. Soledad y Patrocinio, también sufrieron bastante con este cambio. Dejaron de ir al colegio y para no ser gravosas a su padre tuvieron que buscarse trabajo en un taller. Así y con algunas cantidades que el fiel amigo del *señor Grabié* prestaba, sin intención de que le fueran devueltas, iba viviendo miserablemente aquella familia.

Un triste día de invierno, después de larga enfermedad, la pobre Pepilla entregó su alma a Dios. El *señor Grabié* no pudo resistir esta nueva desventura perdió la salud, el sueño y el apetito, y cayendo hoy y levantándose mañana, vió que sus cabellos antes tan negros se trocaban en la blancura de la nieve. ¡Pobre Pepilla!.. Parecía que con sus dolencias y su debilidad no servía para nada y sin embargo, ¡qué triste, qué frío se quedó el humilde piso cuarto donde vivió cuando se la llevaron para siempre. ¡Qué iba a ser de aquellas muchachas en la plenitud de sus encantos andando solas por Madrid, sin la dulce guía y el amoroso consejo de una madre?.. Él se encontraba con energías bastantes para reprimir cualquier mala inclinación de sus hijas; pero, ¿sería bastante para llevarlas por buen camino? La educación perfecta de la mujer no se logra sólo con los severos regaños del padre, con la tutela demasiado ruda del varón. Al lado de las serias reprimendas de éste debe ir la amorosa amonestación de la madre que termina siempre con un beso. La vigilancia continua de ésta, su espíritu observador de madre y de mujer hace que conozca más a fondo las virtudes y hasta los defectos más pequeños de sus hijas. El padre es el árbol corpulento que presta su apoyo, su sombra a la familia; pero esta sombra no aparece si en el cielo del hogar no luce el sol del amor maternal, necesario como la luz para la vida. Todas estas consideraciones contribuyeron a ensombrecer el espíritu del viudo.

Soledad y Patrocinio llegaron a esa edad en que la mujer abre su corazón al amor, a la vida de las pasiones. Soledad tenía dieciocho años, diecisiete Patrocinio, pero aunque ésta era más joven parecía mayor que su hermana por su seriedad y su carita de pocos amigos. Patrocinio era el carácter firme y severo de su padre; Soledad la inquietud, el regocijo loco, la fantasía soñadora de su madre.

Los consejos de Patrocinio ejercían una sana influencia en el cerebro un poco desequilibrado de su hermana, y en cambio, el ánimo alegre de ésta compensaba a *Patro* de su excesiva seriedad.

Era por esta época Soledad una rosa fragante recién abierta al sol de la vida. Jarifa, gentil, de apre-

tadas carnes y firmes contornos, de pie diminuto y cuello virginal, parecía una de esas bellezas macizas de un cuadro de Rubens. Cuando las dos hermanas iban juntas, la una seria, melancólica, luciendo su hermosura romántica, la otra alegre, riendo por las cosas más nimias, satisfecha del hechizo de su belleza esplendorosa, los mozos las abrían calle para darlas paso y dejaban en su camino una estela de piropos y de miradas ardientes.

«¡Viva la gracia madrileña!», decían unos.

«¡Vaya unas caras retrecheras!»

«¿De qué sitio de la gloria se han escapado ustedes, angelitos?», exclamaban otros.

Y así de calle en calle, entre un coro de alabanzas llegaban hasta su barrio muchas veces perseguidas por dos Tenorios callejeros ávidos de conquistas.

— ¡Ay!, decía Patrocinio suspirando al sentarse después de subir sin descanso los ciento y pico de escalones que conducían a su hogar, estos hombres se ponen más *pesaos* que las moscas. Va a ser preciso salir a la calle con *carlanca*, como los perros de presa.

Soledad reía como una niña al oír las quejas de su hermana.

Una noche el gitano de los Cascabeles fué a ver a su amigo *Grabié*.

— Mira, *Grabié*, le dijo, he *tomao* localidades para *Romea*. Hay una compañía de *varietés* magnífica. De manera que arréglate como puedas, ya que las chicas están en traje de calle, y al avío. Esta noche pago yo el gasto.

— Pero si vamos a cenar... Además, ya sabes que yo no tengo gusto para nada, respondió el invitado.

— Vaya, vaya; no me desprecies, *Grabié*. Hazlo aunque no sea más que por las chicas. Ya ves, trabaja la Pastora, exclamó el gitano viejo.

— Por ellas lo haré.

Y resignándose aceptó el convite.

Actuaba en el Teatro *Romea* la sin igual Pastora Imperio. Cuando la gentil bailarina pisó las tablas, una tempestad de aplausos saludó su presencia. El sortilegio de su baile *cañí*, la gracia de su cuerpo ondulante, tuvo en suspenso el ánimo de Soledad, que atenta, entusiasmada, seguía con profundo interés los movimientos serpentinos de la danzadora.

Al terminar la sección fueron al café. Durante su estancia en éste, Soledad no habló palabra. Su padre y su hermana la miraban sorprendidos al verla pensativa acaso por vez primera. Durante dos o tres días mostróse Soledad meditabunda, y si hablaba hacía sólo para alabar la gracia de Pastora.

— ¿Qué te pasa, le dijo su padre, que parece que te han *dao* cañazo?

Soledad calló un momento, y después, bruscamente, contestó:

— ¿A *usté* le gustaría que yo fuera bailarina?

— ¡Jesús, María y José! Pero *chiquiya*, ¿tú has *reparao* bien bien en lo que dices o *t'has* vuelto loca?, exclamó asustado el padre.

— ¿Es algo malo?

— No, malo no; pero en fin, yo no sé por qué no me gustaría verte en un tablao.

— ¿Y si fuera como la Pastora?

— Como ésas hay pocas y para ser una del montón más vale que te quedes en casa.

— Yo como ella tengo sangre gitana y afición. Si *usté* quisiera se lo diríamos al padrino y él me pagaría la academia...

— No quiero pedirle más favores a Cascabeles, pretextó el gitano disimulando su enojo.

— Yo se lo diría: ¡ande *usté*, padre, déjeme!, dijo Soledad acariciando mimosa las blancas patillas de su padre.

— Te he dicho que no me hables más de eso. Conque adiós y dame un beso, que me voy a la cama.

Soledad dió el beso pedido con el propósito firme de insistir en los días siguientes hasta conseguir su propósito.

Así lo hizo, pero como advirtiera que a su padre no le gustaba oír hablar de este asunto, y que, ceñudo, esforzándose siempre por cambiar de conversación, dejó de molestarle con sus pretensiones.

El *señor Grabié* creyó que todo había sido un capricho de niña mimada. Pero el alma de Soledad era como un río, inmóvil en la superficie, por dentro lleno de remolinos y corrientes peligrosas.

III

AMOR Y VANIDAD

Corría la segunda semana del mes de julio. El barrio de Chamberí se preparaba con ardor para las fiestas del Carmen.

(Se continuará.)

CRÓNICAS MADRILEÑAS. - EL CAFÉ DE SAN ISIDRO, POR LUIS HUIDOBRO

Es de estos viejos cafés que quedan en la Corte que son la historia palpitante del pueblo. Situado en los comienzos casi de la calle de Toledo y frente a la antigua y bella iglesia de San Isidro, la de las altas cancelas y las columnas gigantes; o más bien aún, frente a la nunca bien ponderada tienda del *Tío Botijo*, es por todos conceptos digno de la crónica.

Es tan varia su concurrencia, tan pintoresca y desenfadada, que casi dijérase que forma una pequeña república, aun sin encarrilar, dentro de los dominios y señorío de nuestra católica monarquía. Es descubrir el Mediterráneo hablar de éste casi legendario café, antigua botillería allá cuando nuestros abuelos armaban una barricada por las puntas y ribetes del chaleco del corregidor; pero tiéntanos su pintoresca catadura, restos de su pasada grandeza, su desaliño y arbitraria entonación con el resto de la Corte, tan a la moderna, que nadie dijera de ella, si no fuera por estos rincones castizos, que era la Corte de las Españas.

No es a todas horas ni todos los días la misma gente quien le visita. Fuerais por la mañana de un día cualquiera sobre cosa de las diez, hora arriba u hora abajo, y hallaríais el lucido y endomingado cortejo de una boda de rumbo, donde en sendos vasos de café con leche se anegan tantas medias tostadas como invitados, incluyendo los niños de pecho!; y si más tarde ya, después del yantar del mediodía, hallaríais los sesudos tratantes en granos y los tornadizos asentadores del mercado de la Cebada, disponiendo y combinando estos últimos el precio a que han de comer los madrileños al día siguiente la fruta.

Si fuera jueves por la tarde, hallaríais los gitanos de *tronío* que han vendido en el mercado de allá abajo junto a la Puerta de Toledo las bestias buenas o malas, poniendo el convite del comprador, a modo de rúbrica notarial, al negocio convenido a pleno sol bajo el cielo azul de Castilla.

Y si dejáis, sea el día que fuere, la parte del café que abre sus fauces a la calle de Toledo y penetráis como en un santuario, es decir, calladamente, en las penumbras de la *Vicaría* que abre sus exiguas ventanas a la calle del Grajal, sorprenderéis los más bellos cuadros de fraternidad humana y los más filósofos y cachazudos camareros que acertaríais a descubrir corriendo toda la redondez de la tierra.

Tiene que ser bien entrada la tarde, o casi en sus

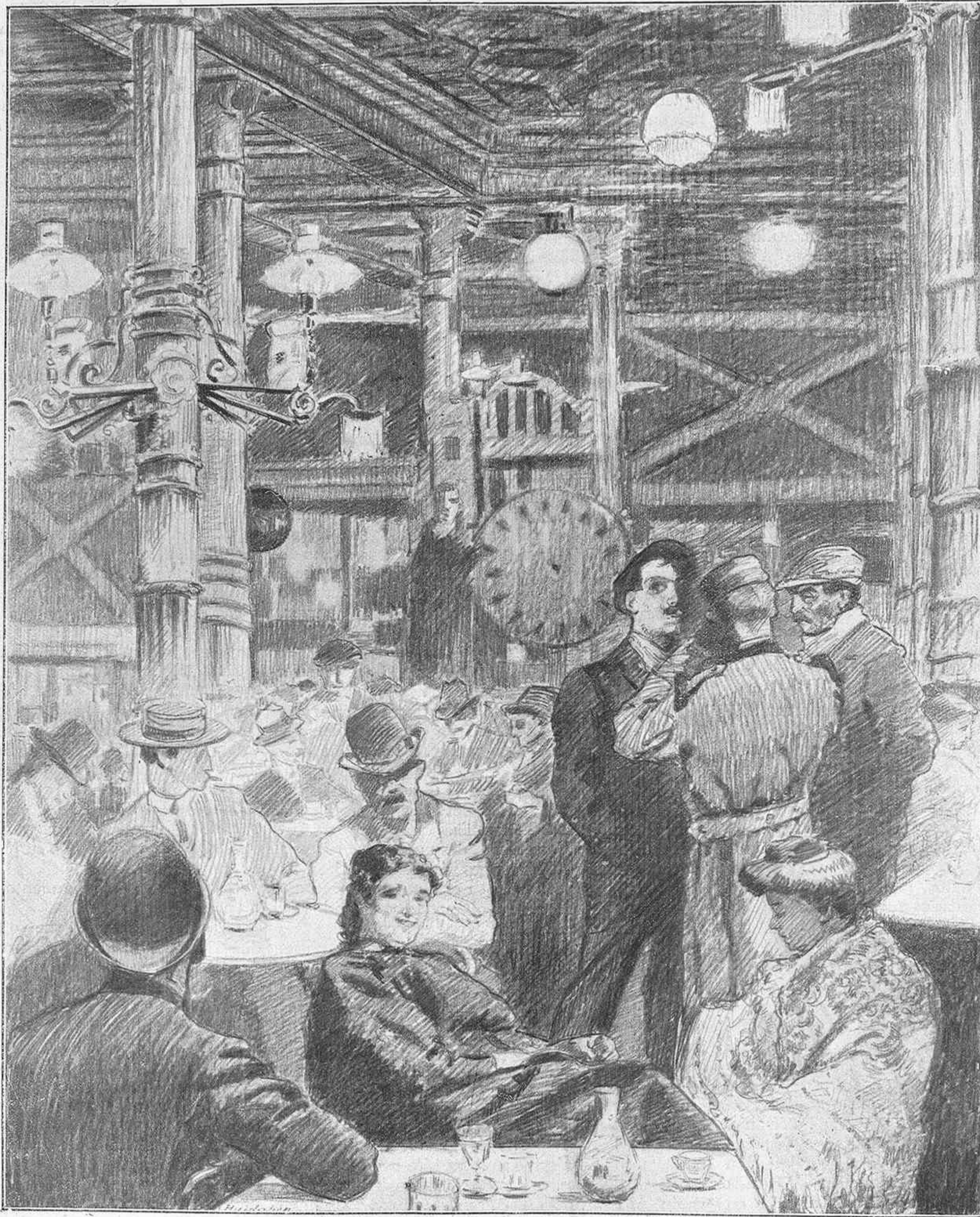
postrimerías, para que halléis en carácter tal lugar. Al contrario que en el salón grande, en donde todo son voces y risas, aquí todo es misterio, silencio, susurro y mesura. Allí, el *café* es sorbido con deleite y custodiado por su dueño como néctar de los dio-

multiplican al infinito las luces, los colores y las columnas; y si a esto se une el ensordecedor clamoreo de mil gargantas y el llorar de los pequeños y las voces de las muchachas que ofrecen tarjetas para la rifa y la estentórea voz de los camareros pidiendo

café al echador, creéis asistir en vida a un ensayo del Apocalipsis. Pero ciertamente no es esto todo; aun queda algo que creyerais absurdo si no lo vierais.

Sobre un tablado vecino del techo aotúa una banda de música de numerosos y jóvenes profesores dotados de excelentes pulmones y recios puños, que ejecutan en tono brillante las más populares piezas musicales. Cuando la música tiene letra correspondiente y ya del dominio del soberano pueblo, entonces todo el mundo canta, berrea, chilla y grita al compás o cerca de él de la música. Terminada la pieza se pide su repetición tirando los platillos metálicos del azúcar sobre el mármol de las mesas, batiendo palmas y dando alguna que otra voz de esas que siempre, por mucho que sea el ruido, sobresalen de él.

Todavía los sábados hay cierta circunspección. Los habituales son estos días las familias acomodadas de los barrios bajos de aquella parte de Madrid, bien de contratistas de obras, antiguos albañiles, cuyos cónyuges suelen ser fruteras, bien fruteros y tratantes de la Plaza



El café de San Isidro, dibujo de Luis Huidobro

ses; aquí, sucede a veces que son de tal trascendencia y enjundia los asuntos sometidos a discusión, generalmente entre dos, ella y él, que acaban por irse bonitamente a la calle los interlocutores dejando sobre el frío mármol de los viejos veladores íntegros los contenidos de vasos y tazas, cuando no es el azoramiento de una salida presurosa el que desploma el líquido sobre la mesa, para luego caer sobre el sucio y mal entarimado pavimento.

Pero cuando el café toma su verdadero carácter, el que le distingue de todos los cafés de Madrid, son la noche del sábado y la del domingo. Id allá sobre las diez de la noche en invierno; abrid una de las puertas de cristales que dan acceso al café y dudaráis si será posible la vida en aquel lugar. La atmósfera es casi sólida; da la sensación que ha de costar trabajo penetrar en ella. El humo blanquecino del tabaco forma celajes junto al techo, de un artesano barroco; rodea las columnas, nimba las personas, lo envuelve todo y hace irrespirable el ambiente. Allá, en las lejanías que los espejos de las paredes fingen, la visión es torturadora para los ojos. Se

de la Cebada y sus aledaños. Los domingos son muy otros los usufructuadores del holgorio y así va ello. Abundan los dependientes y mozos de alpargaterías, cordelerías y fábricas de los famosos sombreros de aro, forrados con seda verde en el interior y badana calada de dibujos para sudadero con transparencias de talco y su correspondiente retrato de torero al fondo; los de las tiendas de los soportales, los bayeteros, los cereros, los de los trajecitos para niños y toda laya de holgadores del comercio.

Y también hay más gente joven del sexo bonito, y se ve trapío y miradas y caras con ángel, y surgen por lo tanto, como salpicaduras, alguna que otra zambra donde todo termina felizmente después de un verdadero chaparrón de denuestos, improperios y gritos. Hasta que rendidos músicos, consumidores y chiquillos, empieza el desfile allá sobre las doce de la noche poco más o menos, y entonces entre las escasas familias y clientes rezagados se subastan las últimas tarjetas para la rifa postrera. «¿Dan cincuenta por las diez que quedan?». A la una... a las...»

PARÍS. LA FIESTA NACIONAL DEL 14 DE JULIO
LA REVISTA DE LAS TROPAS ALIADAS. (Fotografías de Branger.)

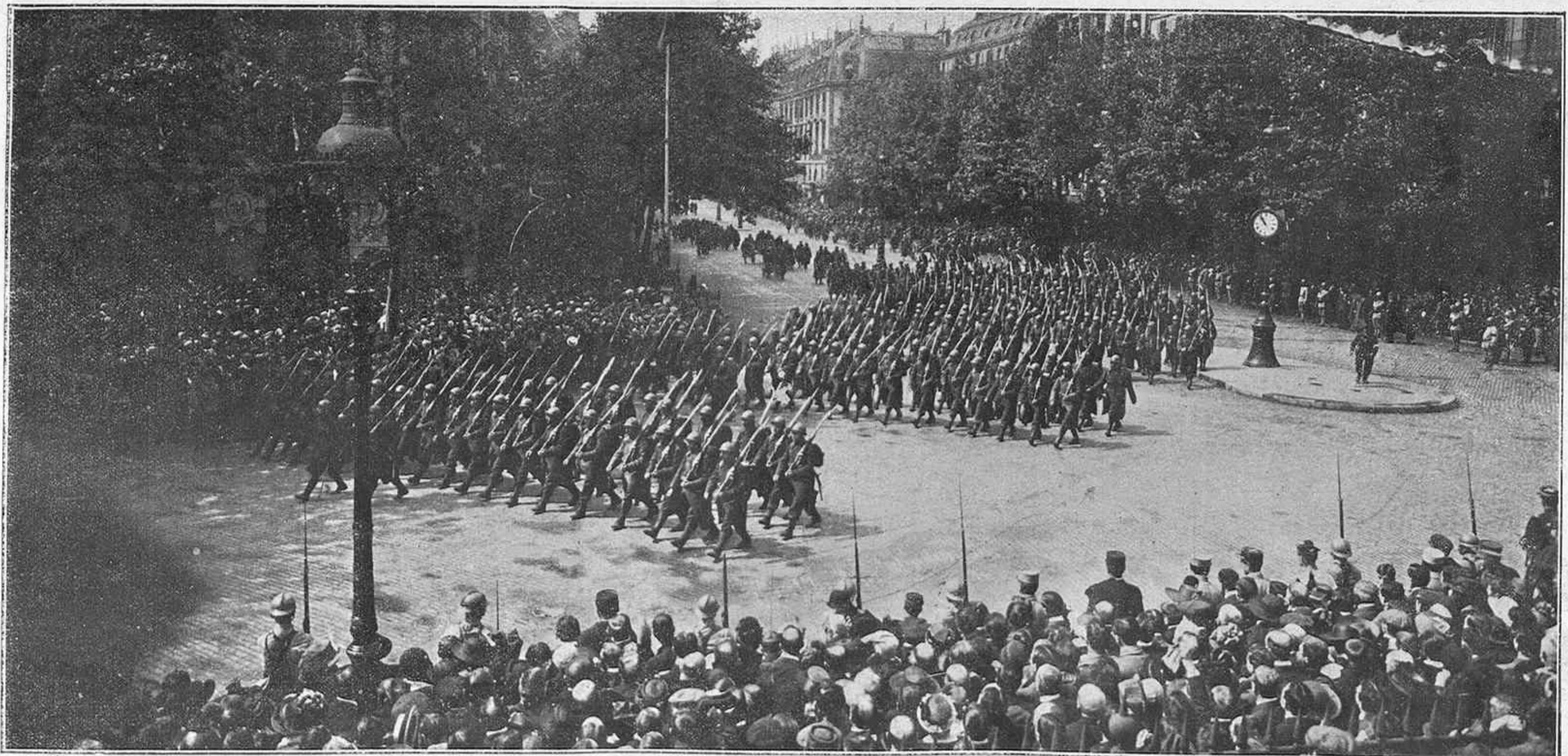


Desfile de las tropas escocesas delante del Pequeño Palacio

Las tropas rusas desfilando en la Avenida de los Campos Elíseos



La bandera del regimiento 42 condecorada con la Cruz de guerra



Desfile del regimiento 42 por delante de la iglesia de la Magdalena. (Véase la página 482.)

LA GUERRA EUROPEA. - UN VALIOSO DONATIVO HECHO POR INGLATERRA A LA CRUZ ROJA DE FRANCIA



París. En la Explanada de los Inválidos. - El Presidente de la República Sr. Poincaré pasando revista a los treinta y cinco automóviles ambulancias destinados al frente francés y ofrecidos a la Cruz Roja francesa por el British Ambulance Committee en nombre del Lloyd de Londres. (De fotografía de M. Rol.)

El Presidente de la República francesa Sr. Poincaré ha revistado hace pocos días en la Explanada de los Inválidos un convoy de automóviles ambulancias ofrecidos a la Cruz Roja de Francia por el Lloyd de Londres, por mediación del British Ambulance Committee. El señor Poincaré fué recibido por lord Bertie of Thames, embajador británico en París, y por los señores Justin Godart y Bradby Peyman, fundador este último del expresado Comité.

Este donativo representa, en parte bajo una forma material, el esfuerzo de un solo hombre, Mr. Braddy Peyman, cuyos esfuerzos, durante dos años, han sido infatigables, pues no sólo ha sido el creador del proyecto de ayudar a Francia cuando la industria del automóvil estaba seriamente afectada por la movilización del ejército, sino que, además, ha vigilado continua y activamente sus operaciones.

El convoy inspeccionado por el Presidente de la República francesa comprende treinta y cinco vehículos y está destinado a reemplazar la sección número 2, que, desde 1914, ha reali-

zando un trabajo inmenso para el ejército francés. Estos automóviles están contruídos según el modelo 20 H.P. Austin y llevan faros eléctricos y carrocerías provistas de cuatro parihuelas dotadas de los últimos perfeccionamientos.

El personal de todas las secciones, compuesto de doscientos setenta hombres, es de origen británico y lo constituyen aquellos que por su incapacidad física o su edad avanzada no son aptos para el servicio militar. Muchos han manifestado grandes deseos de combatir por su patria, dondequiera que fuese, pero el decreto del gobierno inglés les ha impedido realizar sus aspiraciones. Proceden en gran parte del Canadá, de la Argentina, del Africa del Sur, del Africa Oriental, de Nueva Zelandia, de Australia y de Ceylán.

El Sr. Poincaré, después de haber pasado revista a aquel material, expresó a los representantes del Lloyd y a los miembros del Comité la gratitud que sentía Francia por el valioso donativo de su aliada.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

FOR AUTORES O EDITORES

UN PAÍS MAL ADMINISTRADO, por G. Martínez Zuviría, profesor de Economía Política de la Universidad de Santa Fe. En este trabajo explica su autor con abundancia de datos

estadísticos y de razonamientos las causas que han determinado las crisis por que ha atravesado la República Argentina, especialmente la de 1890 y la que sufre actualmente a consecuencia de la guerra mundial, y señala los remedios a que debería recurrirse para evitarlas, siendo uno de los principales el establecimiento en aquel país de muchas industrias que faltan y que con facilidad podrían crearse. En uno de los capi-

tulos estudia el Sr. Martínez Zuviría la gran crisis de los Estados Unidos de 1907 y los medios gracias a los cuales pudo ser vencida en poco tiempo, así como las disposiciones adoptadas por el Gobierno para que no se reprodujesen los dolorosos episodios a que había dado lugar. Un tomo de 140 páginas editado en Buenos Aires por la casa A. Moen y Hermano.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT
Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

HOMBRES

tos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos sexuales, alcohólicos, trabajos, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso interno. Los medicamentos al interior, que producen efecto, y si son fuertes dañan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien conocidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se dirija a la CLÍNICA MATEOS, calle de Alcalá, 1, 1.º, MADRID (España). El GRÁFICO SEXUAL, y lo recibirá gratis por correo, reservadamente.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Se pone y conserva el cutis limpio y terso
CASA CANDÈS - 16 St-Denis

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DOCTORES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA
SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAR
Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

HIPOFOSFITOS SALUD
COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Curadas por el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN